Desde el balcón del cielo

Manuel Matas Moreno

Capítulo 1

El árbol caído

Nada más salir empecé a darme cuenta de los más de 35º Centígrados, y a medida que avanzaba iba encontrándome con esa extraña calma que me hacía fijarme con delicadeza en cada detalle. Hacía un calor sofocante aquella mañana, los rayos de sol golpeaban mi espalda y mi cabeza, como si se tratasen de flechas ardiendo que parecían acabar con todos, menos conmigo. No había nadie en la calle en ese momento, a excepción de algún valiente que se situaba en la puerta del bar, aguantando aquel infierno con tal de fumarse un cigarrillo. Y de los sonidos, poco más que un sinfín de grillos que parecían no parar de quejarse, y alguna que otra televisión de las casas con ventanas abiertas, a pie de calle. Por suerte, estaba aún cercano el amanecer, y el piar de algunos pájaros seguía sonando en su despertar, marcando el ritmo del vuelo que describían de árbol a árbol, para buscar comida y cobijo a la sombra.

Por un momento, esa fue la forma exacta de describir como me sentía, como un pájaro libre volando de árbol en árbol. La diferencia es que yo no buscaba comida para llenar mi estómago, si no alimento para saciar mi alma, porque aunque fuera libre por mis alas, sabía que sería preso de mis actos. Además, yo no es que volara precisamente, sino que corría, corría con todas mis ganas como si estuviera viendo un oasis al final del desierto, corría como si quisiera alcanzar el horizonte, aún sabiendo que este no iba a dejar que nadie lo alcanzase… En cierto modo, corría como si quisiera escapar de mi pasado, o como si alguien me persiguiera, pero era yo el que en realidad perseguía algo. No me molesté ni siquiera en resguardarme del calor, cualquier persona sensata hubiera contenido la prisa por resolver el misterio, utilizando otro momento más adecuado para dicha tarea, pero yo no era así. A fin de cuentas, y llegados a ese punto, ¿para qué me sirvió la sensatez? ¿Acaso me era preferible una vida cómoda y sensata a una odisea llena de aventuras e incertidumbre? Yo había aprendido que los cuerdos no llegan muy lejos, porque aunque duela, se aprende de las caídas, y los locos y poco sensatos son expertos en eso.

Durante mi carrera, eso sí, yo no pensaba en nada de esto, mi mente estaba absorta y vacía, o demasiado llena, quién sabe. No era capaz de pensar en nada en concreto, pero sí que seguía percibiendo y sintiendo, de algún modo, todo lo que pasaba a mi alrededor. Era testigo del sonido de mis pasos, que rompían con una alta frecuencia el afligido silencio, así como del constante sudor de mi rostro, que parecía insistir en recordarme

lo estúpido de mi idea, aunque nada fuese a detenerme en ese momento. Por un instante, de hecho, comenzó a soplar una suave brisa que me refrescaba y hasta puedo decir que me daba vida. Parecía que el viento, lejos de ser aciago, había comprendido mi propósito y pretendía impulsarme para conseguirlo. Es curioso lo compleja que puede llegar a ser la naturaleza, a veces parece avisarnos a gritos del peligro, tronando casi como si pretendiera recluirnos en casa por alguna razón, y otras, se nos insinúa con bellos paisajes, cielos despejados, y frescas brisas en verano, como si pretendiera ser el refuerzo de nuestra moral cuando está dañada.

Tras recorrer medio pueblo corriendo, y no sin antes haber despertado la curiosidad de más de uno desde su ventana, llegué a aquel lugar. Todo permanecía tan estático como siempre, reinaba la paz en aquel jardín, que entre lo frondoso y lo callado me seguía pareciendo el mismo edén. Los grandes árboles daban resguardo del calor con su sombra, y por ellos apenas si atravesaba tímidamente algún haz de luz, yo podía ver con claridad la más pura representación de la sociedad, tal y como si fuera un cuadro realista, digno de erguirse frente a miles de personas en algún museo de renombre. Veía las diferencias de altura, o de grosor, o incluso los signos de salubridad que aquellos árboles mostraban en sus hojas, así como nosotros mostramos con la piel. Me fijé, como tantas otras veces, en las cicatrices de estos seres vivos, grandes hendiduras que, al igual que los accidentes y problemas que las personas afrontamos por suerte o por desgracia, son la remarcable huella que nos recuerda nuestra victoria en la lucha, porque no, no es la herida la que inspira, si no la cicatriz.

Observé también los árboles que crecían juntos, abrazándose con sus raíces, pudiendo entender la situación como un bello gesto de apoyo, si se miraba con la mente de un artista, o como una mera lucha por la supervivencia, si se dejaba salir al lado más negativo y crudo de nuestra mente. Y como no, estaban los solitarios, esos árboles que destacan por tener un sitio aparte, alejado, o privilegiado, según quiera entenderse. Aún después de todo eso, en el rincón más escondido y recóndito del lugar, y al igual que pasa en nuestra sociedad, está la pieza que no encaja… o que encaja perfectamente.

Llegado a ese punto, vi aquel árbol rompiendo con el paisaje, sin duda alguna me seguía pareciendo la pieza rota del puzle, pero por alguna razón, le encontré el sentido y la belleza al instante, llegando a pensar que ese era, sin ninguna duda, el mejor lugar donde podía estar localizado. Fue visualizar la figura de aquel ser vivo, y detenerme de ipso facto, petrificado, con esa conformidad y satisfacción del que sabe de repente algo, pero con esa impotencia del no poder explicarlo ni tan si quiera dentro de mi cabeza. El cúmulo de sensaciones era tal que no sabía cómo responder. El cansancio comenzó a aparecer, y viendo las dos rosas que se hallaban a los pies del árbol, marca indiscutible del lugar exacto,

decidí arrodillarme, o más bien lo decidió mi cuerpo por sí mismo.

Violentamente caí contra el piso, golpeando mis rodillas contra la arena y las pequeñas piedras. Parecía un guerrero a su regreso de la guerra, justo cuando encuentra de nuevo el sentido a la vida. Todo el rato había estado corriendo sin parar, hasta el punto de que las cosas que llevaba en los bolsillos habían estado cerca de caerse en numerosas ocasiones durante mi trayecto. Pero quiso el destino que ese fuera el momento de la caída de un objeto, que movido por lo abrupto de mi caída y del terreno, cayó deslizándose por el viento hasta aterrizar sobre aquellas flores.

Era un papel sin importancia, al menos a primera vista cuando ni siquiera lo recordaba, pero todo cambió cuando le di la vuelta y observé el reverso. Por un momento, todo quedó en silencio, el tiempo se detuvo frente a aquel árbol, y no se escuchaban ni los pájaros, ni los grillos, ni tan siquiera mi aliento cansado y fuerte. El mundo enmudeció porque sobraban las palabras. Y mi boca también calló, porque ya hablaba la lágrima que suavemente se deslizaba por mi mejilla hasta gotear humedeciendo aquella tierra. Me tumbé, vencido, acogido por aquella sombra, y fue mi propia postura la que quiso encontrar a mi mano y a mi bolígrafo. Miré la unión, con la vista nublada por mi llanto, y ahí encontré la calma a la tormenta de mis ojos. Eran mis ideas, las que deslumbrantes como el sol despejaron mi vista y esclarecieron mi mente. Y bueno, creo que aquí comenzó todo,

Capítulo 2

1 Primeros recuerdos

Crecemos soñando ser hombres, y al serlo, vivimos soñando que somos niños

Mi padre solía decirme que los libros y las personas tienen una cosa en común: no valen nada si no tienen buenos principios. Bueno, yo no entraré ahora a discutir esta frase, pero sí que trataré de explicar los comienzos, esos pequeños instantes que marcaron el futuro, sirviendo de cimientos para lo que estaba por construir. Son quizás los momentos más vacíos de importancia, pero los más llenos de valor, porque son los primeros recuerdos los que nos inundan en caos, los que nunca entendemos, o bueno, nunca hasta que todo sucede y miramos atrás entendiendo mejor que nunca que todo, absolutamente todo, sucede por algo.

El primer recuerdo que guardo en la memoria sobre mi padre corresponde a cuando tenía 3 o 4 años. Vivíamos en Priego de Córdoba, un recóndito pueblo sureño situado entre montañas. La vida era tranquila aquí, el agua de las numerosas fuentes regaba de tranquilidad a sus ciudadanos, y nosotros nos impregnábamos de ese sosiego en cada día que pasábamos en familia. Por aquel entonces, mi padre se ganaba la vida entre rosas y rimas, estaba acostumbrado a sembrar y cuidar jardines gracias a su oficio de jardinero, y a menudo recurría a la poesía para recitar los secretos que la naturaleza le contaba, por otra parte, en sus ratos libres, era un gran cantaor de flamenco, capaz de improvisar un concierto en una taberna sombría cualquiera, y dispuesto siempre a deleitar con su voz a los santos del pueblo, sumergiendo su voz entre los aromas del incienso, en la tradicional semana santa. Además, alejado de la fama que nunca quiso, se había centrado siempre en la realización de conciertos benéficos, con objeto de ayudar a cualquiera que lo necesitara, él siempre prefería prestar sus melodías para el bien de otros, y nunca para el suyo propio. Yo me acuerdo de estar cada noche ansioso de su llegada, pues siempre me traía un huevo de chocolate y una sonrisa, además de alguna canción, que entre lo fino y lo rasgado de su voz parecía hacer estremecer a mis sentidos, como si me acariciara el tímpano con cada palabra. Dormía con la nana de su voz, despertaba al son de sus pasos y vivía el resto del día esperando cualquier nuevo momento de diversión, como si aún tuviera cuna al estar entre sus brazos.

En ese baúl de recuerdos que todos tenemos en la cabeza, también guardo la imagen de mi padre en Navidad, trayéndome un avión de juguete que no volaba y una pequeña bicicleta. Él era un experto en mantener viva mi ilusión, no le importaba el hecho de tener que gastar dinero o tiempo para conseguirlo, todo era válido con tal de verme sonreír. El avión de hecho jamás alzó el vuelo, pero entre bromas y risas mi padre siempre sabía ponerle alas al momento. No obstante, el calor que a veces da un padre puede contrastar con el hecho de tener mente de adulto, digamos que, si por un lado conservaba mi mentalidad infantil, por otro, y sin darse cuenta, acababa con mi inocencia. Aquel día mi padre llegó más tarde de la cuenta, con las mejillas sonrojadas y una sonrisa inexacta en cuanto a su motivo. Su alegría medía más de lo habitual, su aliento portaba la amargura en cada exhalación, sus pasos no eran precisos y su equilibrio se perdía como si se balanceara en una cuerda floja.

– ¡Feliz Navidad hijo! ¿Con este aparato ya podrás ir solo al cole sin que tenga que llevarte yo verdad? – Explicaba mi padre en un tono algo exaltado, entre risas. – Pero primero deberás sacarte el carnet de bicicleta, ¡o atropellarás a alguien!

Mi madre miraba a mi padre preocupada, y aunque mi mirada inocente no comprendiera el drama de la situación, ni viera más allá de mi ciega felicidad, con los años comprendería que la cuerda sobre la que mi padre caminaba estaba a punto de romperse. Todos, por el simple hecho de ser humanos, tenemos un punto débil, un talón de Aquiles, y el de mi padre no era otro que la bebida, con el consecuente problema de estos vicios: la transformación de la persona, el antes y el después.

El antes era un padre cariñoso, sabio, apegado y cercano, uno de esos pocos adultos que ve algo más que un sombrero en el dibujo de El principito, alguien que quería mantener vivos los valores de la infancia. Tenía un humor increíble, y una imaginación privilegiada, y deseaba que yo conservara eso de mi niñez porque es justo lo que se pierde al madurar. Hoy en día nacemos con la vida hecha, con senderos ya establecidos, con modelos de conducta y hasta con cánones de belleza que seguir. Antes de tener conciencia ya estamos encadenados, obligados a entrar en un proceso de madurez proveniente de una estricta enseñanza pública que se olvida de los valores más imprescindibles. Los niños imaginan, juegan, sonríen, crean, e incluso ignoran los pequeños problemas que tienen, porque saltan entre los charcos en vez de agachar la cabeza entre paraguas, y porque para ellos la tormenta es solo otro patio del recreo. Crecemos soñando ser hombres, y al serlo, vivimos soñando que somos niños. ¿Es posible alguien que más que un hombre se pueda considerar un niño grande? Yo creo que sí, mi padre era así.

Su problema, como ya he contado, es que tenía un después, un después caótico que comenzaba conforme terminaba el líquido de su vaso. El

alcohol lo había atrapado al igual que las profundas raíces de un ciprés, hasta el punto de estrangularlo sin que pudiera hacer mucho más que resistir, en vano y por poco tiempo, a la tentación. Después todo se invertía, aquello que debía afrontar como un hombre lo hacía como si fuera un niño, y al niño, lo trataba como si fuera hombre. Hacía de las nimiedades un drama y los verdaderos problemas de la casa poco le importaban entonces, llegaba siempre preso de la confusión de calmar antes el vicio que la sed, y traía el insomnio a casa para que mi madre tuviera que curárselo una vez tras otra. No lo culpo, sin embargo, de ninguno de los hechos que ocurrieron, quizás por no ser consciente de todo lo que ocurría, o quizás por saber que él tampoco lo era.

De repente, un día cualquiera, teniendo yo 6 años, me vi obligado a refugiarme en la casa de mi hermana, la sombra que el alcohol dejaba en mi padre lo había hecho tan opaco que apenas si veíamos a través de él, y mi hermana, 12 años mayor que yo, nos abrió las puertas de su casa, conviviendo así con ella y con su novio. Habíamos salido a la ligera de nuestra casa, recuerdo estar en el sofá cuando me di cuenta de una repentina prisa en mi madre. Acababa de salir mi padre por la puerta, como un tornado que arrasó con la escasa esperanza que nos quedaba. Ella hizo las maletas sin decir una sola palabra, sin ni siquiera coger las llaves, que habían caído al suelo en uno de tantos ajetreos entre bolsas. Antes de poder darme cuenta de nada más, habíamos salido para no volver.

Continuará...

Capítulo 3

Continuación capítulo: 1 Primeros recuerdos

Y que eran los obstáculos los que componían las mejores sonrisas

- Mamá, ¿por qué nos cambiamos de casa? ¿Le ha pasado algo a la otra?

- Hijo… verás, hemos perdido las llaves, y de momento tenemos que vivir aquí durante un tiempo. Tu padre vivirá en otro lugar, el piso de tu hermana es muy pequeño.

Mi madre actuaba de una forma muy protectora conmigo, era clara su intención de ocultarme una realidad cruda y vacía pero la excusa era evidente y yo, que crecía mentalmente a un ritmo de vértigo, ya intuía lo que estaba pasando.

- ¡Pero yo las tengo! ¡Las cogí cuando se te cayeron debajo del sofá! – Exclamé con un tono asustado, casi sabiendo que el problema no era precisamente ese objeto.

- A ver cariño – Dudó por unos segundos. - Digamos que tu padre y yo hemos hablado, y hemos pensado que lo mejor para ti es esto.

- Pero…

- ¿Sabes cuando el médico te hace daño, pero le dejas hacer casi cualquier cosa porque sabes que eso será lo más sano? – me interrumpió. - Pues piensa que esto es igual, aguanta y se fuerte porque pronto te sentirás mejor.

Mi madre llevaba razón, no lo supe hasta mucho más tarde, pero es cierto que lo mejor iba a ser bifurcar el camino, separarnos, y que fuera la providencia la que decidiera si volver a unir dichos caminos en el futuro.

Desde ese momento mi vida dio un vuelco tremendo, yo veía a mi padre algunos fines de semana, sin ninguna custodia legal que fijara unos días concretos. Veía a mi padre, sí, pero lo veía con poco más que los ojos, porque para el resto de cosas era invisible, efímero, con algunos ratos buenos en los que yo me regocijaba recordándolo con mi madre, pero con tanta escasez que lo cierto es que pude conservar pocos recuerdos de esa etapa. Con mi madre, inicié un periplo por distintos hogares, hasta encontrar un hogar definitivo al otro lado del pueblo, y aún así, no

terminando nunca de encontrar la comodidad, a la edad de 9 años nos mudamos a la capital, Córdoba, a vivir con una pareja que ella había conocido. En aquella ciudad fuimos muy felices, incluso saqué mi actitud más cosmopolita para así relacionarme, hacer nuevos amigos, encontrar nuevas aficiones y entender a aquel nuevo hombre como mi padre, y a su hijo, como mi hermano. Aquel hombre era cálido, muy culto, y trataba a mi madre tan bien como yo hubiera deseado. El talón de Aquiles esta vez era su hijo, que pese a tener una mentalidad preciosa y humana dentro de su corazón, tenía una frialdad enorme en su cabeza, propiciada por la conflictividad de su madre, a la que veía regularmente por una custodia mucho más establecida que la mía. No había un solo fin de semana que él no aprendiera una conducta problemática, o que acabara confundido entre la libre bondad de su padre y la orden de maldad de su madre.

Al final los conflictos pasaron factura, mi madre huía de la hostilidad, buscaba paz y felicidad, y aunque encontró a un hombre dispuesto firmar la tregua, su situación lo hacía estar en guerra, y ella era incapaz de amar con plenitud a un hombre que debía dar su vida a otra causa. Córdoba empezaba a ser demasiado grande para nosotros, nos habíamos enamorado de las calles llenas de gente y del caminar junto al río Guadalquivir, con la mezquita por fondo y el puente romano por paisaje, pero no había ya sitio para dos personas que entendían que el hogar no es un lugar concreto, sino una sensación interna.

Acabamos así por volver a nuestra antigua casa, mi padre se había quedado con la casa de mi abuela, su madre, que había fallecido años atrás sin apenas haber tenido contacto conmigo, de no ser por eso no hubiéramos tenido un lugar donde quedarnos. Volvimos, eso sí, con el dolor del que abandona la felicidad casi por obligación, teniendo que recluirnos en la monotonía de nuestro pueblo y, una vez más a mi temprana edad, haciendo vida nueva. Pasamos un par de años duros, conformados con lo poco que teníamos y aprendiendo de nuevo a ser felices, construyendo poco a poco y con nuestras propias manos aquello a lo que llamábamos hogar. Por primera vez me estaba dando cuenta de que la tristeza era innata, que la felicidad había que aprenderla, y que eran los obstáculos los que componían las mejores sonrisas.

Luego entré en el instituto y las cosas mejoraron, mi madre encontró un trabajo fijo como limpiadora, su oficio de siempre, y a mí me iba genial en mis estudios porque era ciertamente más maduro que los demás niños. Es curioso ver que medimos la madurez por la edad, y la edad la medimos por los años, pero no es el tiempo el que te hace sabio, si no las experiencias, las lecciones y las aventuras que vivimos. Jamás hubiera imaginado que ser feliz era cuestión de actitud, pero por suerte lo comprobaba a cada curso que pasaba, y, aunque no lo supiera en ese momento, la vida iba a demostármelo de la forma más inesperada posible.

Teniendo ya 15 años, se despertó en mí la necesidad de mi padre, al cual apenas si había visto algunas veces por la calle, él seguía enfrentando sus propios demonios y era de esperar que yo no hubiera hecho planes con él. Su recuerdo era tan vago, que a duras penas si recordaba su personalidad. Para mí, aquella situación era como querer leer un libro habiendo visto poco más que su portada. Pero había algo que me llamaba a él, aquel día algo dentro de mi cabeza sabía que era el momento de unir los caminos, el destino es la alarma del tiempo, y en ese momento la alarma estaba sonando dentro de mí con fuerza. Salí a la calle a dar un paseo, las calles del pueblo mostraban un día frío y nublado, y pocas eran las personas que se aventuraban a salir a la calle sin antes asegurarse de llevar su paraguas, yo al menos no lo llevaba, siempre fui muy despistado y además, nunca me había importado mojarme. Al llegar al centro del pueblo distinguí a lo lejos una silueta inconfundible, que camuflada entre las sombras de lo grisáceo del día iba justo como yo, sin paraguas y con la vista arriba y al frente. Aquella persona andaba de forma arrogante, con una confianza en sí mismo abrumadora, y al ritmo de una tos propia de un fumador de toda la vida, aquella persona era, indudablemente, mi padre.

- ¡Buenas papá! ¿Qué hay? – comenté mientras daba los últimos pasos hacia el encuentro.

Mi padre me respondió primero con un beso en la mejilla.

- ¿Qué haces a estas horas en la calle? – Me dijo tras el breve silencio.

- Dando un paseo, supongo que es bueno despejarse.

- Pues de momento, pinta de despejarse no tiene, ¡venga, te invito a un chocolate! – Me contestó él con una picaresca sonrisa, casi como si hubiera sentido algo parecido a lo que sentí yo.

Mi padre giró entonces la vista hacia la puerta del bar que frecuentaba siempre con o sin motivo, nos habíamos parado justo al lado, y de seguro era ese su destino, así que no tardó más de un segundo en aproximarse a la entrada. Hizo un amago de entrar, y justo al acariciar la puerta y notar mi quietud, giró la cabeza para lanzarme su última pregunta.

- ¿Qué? ¿Vas a entrar? ¿O acaso prefieres la lluvia al chocolate? – me indicó señalando los nubarrones que imponían su presagio sobre nosotros.

- ¡No, no! El chocolate sabe mejor, ¡vamos! – dije tras mirar al cielo pensando que cruzar o no aquella puerta significaba conocer a mi padre o

dejarle ir para siempre. Y no me equivocaba.

Por primera vez en mucho tiempo pude ver a través de sus ojos, brillaban sus pupilas casi como si quisiera dictarme su vida en una mirada. Aquella era la primera página de un libro que sin duda alguna estaba dispuesto a leer, pero pronto me daría cuenta de que la historia no iba a ser tan fácil, que los misterios llegarían y que la tormenta era solo un pequeño preludio del caos que estaba por llegar. Me dispuse a entrar con él a aquella taberna, seguí sus pasos como nunca había hecho, y entré con él al escenario sobre el que tendría lugar el primer baile. Nos dirigimos a los taburetes que había junto a la barra, y justo detrás de mí se cerró la puerta, dejando a las espaldas el frío viento. Yo, sin embargo, apenas si sentí el cambio de temperatura, y no porque no hiciera más calor dentro, si no porque desde aquel encuentro ya estaba sintiendo de nuevo la calidez de volver a tener a mi padre.

Capítulo 4

2 Filosofía de taberna

La palabra es el arma más potente, pero no todas las mentes son capaces de dispararla

Aquella taberna era uno de esos parajes que son más admirables cuanto más se contemplan. En un primer instante, parecía un lugar cualquiera, un bar que albergaba a los solitarios de la zona, esos que sedientos de olvido acudían a la barra con la esperanza de ahogar su pesadumbre en alcohol. Los detalles más pequeños pasaban siempre inadvertidos, y eran sin embargo los más remarcables, pues conformaban la historia de aquel inmueble arcaico.

Detrás de la barra había un estante con alguna que otra bolsa de golosinas, que por lo descolorido del plástico daban a entender que hacía mucho tiempo que un infante no pasaba por allí, además, de las pedregosas y acogedoras paredes colgaban cuadros que contaban tímidamente el pasado de la taberna. Los había de todo tipo, muchos mostrando solamente la enorme afición del local por el fútbol, más concretamente por el Atlético de Madrid, y otros a modo de recuerdos flotantes. En uno en concreto incluso se veía a Felipe VI sentado en uno de aquellos taburetes, en aquella época en la que aún recibía el término de príncipe, lo que me hacía entender que aquel lugar tuvo su momento ostentoso, y que hubo algún punto de inflexión que desvió el prestigio súbitamente para dar paso a una etapa más modesta y cercana.

Lo que más me llamó la atención, sin embargo, no fue otra cosa que el interior, las personas que allí reposaban. Se asemejaban a una especie de maniquíes sonrojados, pues permanecían casi inmóviles y tenían la vista perdida, como si hubieran dejado el alma fuera para entrar al bar solo con su cuerpo. Constantemente miraban a su copa y susurraban algunas frases inentendibles desde lejos, hasta el punto de no saber con exactitud si conversaban entre ellos o consigo mismos. Entre esto y el baile de sombras que acarreaba el camarero tras la barra, la situación parecía una viva representación de la *Alegoría de la caverna*.

Justo en ese momento dirigí la vista a mi padre, quería averiguar si él era un maniquí más, o si estaba allí por otra razón distinta, y fue entonces cuando me di cuenta de que yo no era el único observador de la sala. Mi mirada se encontró con la suya, y ambos nos detuvimos ante el cruce de pupilas, por un momento parecíamos estar congelados ante la escena,

casi queriendo averiguar algo mutuamente, el uno del otro y el otro del uno. Nuestros párpados actuaron como labios, hablaron, sin moverse ni emitir un solo ruido, pero indicando a voces que parecíamos haber estado pensando lo mismo todo el tiempo. Siempre supe que las bocas mienten, que las palabras esconden la mentira en su premeditación, y que los ojos, en cambio, tienen una condena a cadena perpetua con la verdad. Sin embargo aquella mirada parecía querer decirme algo más allá de eso.

Por un momento sentí el miedo en el pecho, no sé si a conocer algo demasiado pronto, o a no poder conocerlo nunca, y sería la incertidumbre de la cuestión la que me llevaría a plantear la pregunta más directa.

- Papá, ¿tú sigues bebiendo? – Pregunté temblorosamente, sin apartar la vista de sus ojos.

Mi padre en ese momento giró la cabeza hacia al camarero, un hombre calvo con una sonrisa sencilla que transmitía paz con solo mirarlo.

- ¡Tomás! Haz el favor de poner un chocolate bien caliente para mi hijo, y un café solo para mí, si no es molestia.

- Eso está hecho, Jardinero. – Contestó el camarero con una sonrisa en el rostro, utilizando el apodo por el que conocían a mi padre en el pueblo.

Yo me quedé reflexivo mirando a la máquina del café, perdido entre su ruido, encandilado por el dulce aroma que esta desprendía, y ensimismado replanteándome si mi padre me había respondido ya a la pregunta al pedirse una taza y no una copa, o sencillamente había pasado por alto lo que yo había dicho, por alguna razón que no podría entender.

- Esto es como una máquina del tiempo. – Afirmó mi padre mientras miraba al mismo lugar que yo, aprovechando el momento exacto en que la máquina del café calló.

- ¿Cómo? – Cuestioné extrañado y confuso, volviendo a cruzar nuestras miradas.

- Venir aquí es como volver al pasado, todo sigue igual que siempre y en esos hombres de ahí me veo reflejado tan claro como en un espejo. Es mirar a sus copas y asomarme a la ventana del pasado, porque yo un día fui como ellos, y encerré mi vida en mi vaso, iluso, creyendo que era el lugar más seguro para guardar algo tan valioso. – Me explicó en voz baja.

Por un momento quedé asombrado de la oratoria de mi padre, era increíble la facilidad que tenía para hacerme entender lo que quería, haciéndome ver que en aquel lugar en el que yo veía un vacío, él veía la magia de lo sencillo. La palabra es el arma más potente, pero no todas las mentes son capaces de dispararla. Yo me quedé predispuesto a

responderle, abrí mi boca en una tentativa por exhalar una frase, pero no salía nada ni de mi garganta, ni de mi cabeza.

- Pero no todo es tan malo, Manuel, – dijo mi padre tras ver mi indecisión, utilizando mi nombre con una seriedad pasmosa. – Si miras a esos hombres con algo más que los ojos, verás que están faltos de emoción, pero no de conocimiento. Escucha más allá del silencio de sus susurros y comprobarás que mantienen tertulias sobre casi cualquier tema de interés. Política, literatura, arte, educación… Son filósofos en abandono que aquí encuentran sosiego y sabiduría para sus almas inquietas.

- Pues yo los noto más bien distantes, que no inquietos. – Le reproché un poco reacio aún a esa última forma de describirlos.

- Puede ser, pero incluso así, están más atentos a lo que pasa alrededor que muchos de los jóvenes que hoy día abundan las calles sin levantar la vista de sus teléfonos móviles.

Eso sí que era cierto, yo crecí en el ``boom´´ de la tecnología, y estaba más que acostumbrado a estar rodeado de gente, pero a la vez a sentirme solo y vacío, sustituido en gran medida por la pantalla de un teléfono móvil inteligente. Las personas ya no valoran lo que pasa alrededor, olvidan que en cualquier lugar está sucediendo la vida, y lo peor es que piensan saber lo que de verdad importa. De todas formas, esa bella descripción sobre aquellos hombres de taberna podía llegar a parecerme utópica, como una mera excusa ingeniosa.

- ¿Y no es esa una forma demasiado positiva de ver las cosas, papá? – Le cuestioné inconforme.

- Siempre hay una forma positiva de ver las cosas, hijo, nunca olvides eso - respondió clavando su mirada en la mía.

Aquella frase caló hondo en mi interior, dejó una huella que sería más imborrable cuantos más hechos sucedieran, y fue preludio del futuro más insospechado, pero en ese momento no tuve demasiado tiempo para analizarla detalladamente, justo en ese instante se escuchó el sonido de un par de vasos en contacto con la mesa, impidiendo en seco mi evasión reflexiva, y cortando la conversación casi como si algo o alguien supiera que yo no aún no estaba preparado para escuchar más respuestas, o al menos... no hasta que supiera cuáles eran las preguntas.

Capítulo 5

Continuación capítulo: 2 Filosofía de taberna

Porque los valientes solo son valientes cuando están rodeados de cobardes

- Aquí tienes, Jardinero, el café para el artista y el chocolate para su calcado. – Comentó el camarero sonriente, haciendo referencia a nuestro parecido.

- Gracias Tomás. – Concluimos mi padre y yo casi a la vez.

En efecto, mi padre era mucho más parecido a mí de lo que hubiera imaginado. Yo por aquel entonces era un joven de constitución delgada, atlética, con una figura definida, pero no muy alta para lo que se acostumbraba a los 15 años de edad. En mi rostro lucían brillantes como estrellas unos ojos azules, decorados con un rodal amarillo situado alrededor de la pupila, a modo de corona, y acompañados por una larga melena castaña que me caracterizaba desde siempre. Casi todos estos rasgos eran comunes en mi padre, a excepción de los ojos, que en su caso tenían un color marrón miel y un brillo más suave y sutil, y del pelo, que aún siendo parecido se adornaba en él con un conjunto de canas y entradas propias de la edad. Por otra parte, aunque él estaba muy en forma para sus 63 años, gastaba una figura más deslucida y desmejorada, no impidiendo eso las comparativas de semejanza de todo aquel que nos veía juntos.

En lo referente a la personalidad, mi padre derrochaba galantería si la situación lo requería, siempre con un toque pedante que lo diferenciaba del resto. Además, rodeado de confianza era capaz de mostrar un lado más mundano, grotesco, encaminado a encajar y a hacer reír a quién deseara. Yo sin embargo era un poco más reservado, no tenía demasiada timidez, pero sí que me costaba un tiempo adaptarme a la persona y encontrar el momento de decidir si ser más serio o más informal.

Mientras todo este oleaje de pensamientos azotaba mi cabeza, había acabado sorbo a sorbo con aquel amargo chocolate, y sentía el impulso de seguir conociendo a mi padre.

- No sabes tomarte las cosas con calma, ¿no? – me dijo sorpresivamente

con una sonrisa pícara. – ¿Es que tienes algo que hacer esta tarde?

- Nada en absoluto – le respondí mirando a su café, que aún estaba a medio tomar.

Mi padre bebió todo lo que le quedaba de bebida en un trago, en un gesto de complicidad y desafío. Se levantó entonces de su taburete, sacó de su bolsillo la cartera y mientras extraía un billete para pagar me dirigió una mirada franca y decidida.

- ¿Nos damos un paseo? Milagrosamente parece que empieza a despejarse. – preguntó casi sabiendo la respuesta, a la vez que hacía un gesto a Tomás para que se cobrase.

Asentí con la cabeza y me levanté también, presto a salir junto a él hacia donde quiera que nos llevaran las ganas. No tenía ni idea de por qué la inquietud de mi padre le hacía preferir andar antes que charlar sentados, pero casi como si estuviera escrito, no tardaría en darme cuenta de que aquel paseo era tan espontáneo como necesario. Ambos nos despedimos de Tomás, y al cerrar la puerta de la taberna el frío nos golpeó como un jarro de realidad.

El día seguía un poco triste, frío, con un cielo aborregado que tacañamente, poco a poco, dejaba ver algunos rayos de sol. El viento eso sí, no corría, todo permanecía estático y sereno, y aquellas personas de alrededor, ajetreadas, se desplazaban rápidamente sin confiar demasiado en el ápice de sol que aparecía entre las nubes. Mi padre y yo nos parecíamos más al tiempo que a la gente, pues caminábamos despacio sin rumbo ni prisa. Teníamos el mismo andar, nuestros pasos eran alargados y presentaban un desparpajo arrogante, eran zancadas valientes, justo al igual que los pocos rayos dignados a atravesar aquellos nubarrones.

Durante nuestro paseo íbamos comentando algunos temas básicos, como mis estudios, su trabajo o nuestra salud. Cuando callábamos, eso sí, nos sumergíamos un sepulcral silencio que lejos de ser incómodo nos servía para meditar nuestras frases y preguntas. De pronto, se escuchó un fuerte chasquido en mitad de aquel sigilo. Aquel ruido resonó desde el fondo de la calle, en forma de un eco recurrente que nos hizo cerciorarnos de lo que habíamos escuchado. Alzamos la vista de inmediato, y antes incluso de poder contemplar la escena se escuchó un grito desesperado, acompañado de un conjunto de chasquidos mucho más secos y continuados que el anterior.

- ¿Qué? ¡Antonio! – Exclamé al ver que era mi mejor amigo peleándose con otro chico.

Como si la pólvora de la sorpresa me disparara, salí corriendo hacia él sin pararme a pensar ni un segundo en cualquier consecuencia, y mi padre,

como una fiel sombra, vino detrás a sabiendas de lo que podía ocurrir. Llegué a la situación sin aliento, pensando en lo justo y no en lo sensato. Me dispuse a parar aquel amasijo de puñetazos y tuve que empujar al otro chico para poder apartarlo de mi amigo. Apenas un segundo después del abrupto empujón, aquel chico, mucho más alto y robusto que yo, se abalanzó sobre mí como una avalancha en la nieve. Alzó su brazo al cielo en un abrir y cerrar de ojos y lo lanzó hacia mi rostro con una velocidad desmesurada. Yo apenas si tuve tiempo para reaccionar, y pude hacer poco más que desviar la mejilla hacia un lado y cerrar los ojos preparado a recibir el daño.

- ¡Noi - Gritó mi amigo Antonio, asustado por la fiereza del movimiento.

Sonó un chasquido más, y entre el desconcierto de no sentir dolor ni fuerza alguna contra mí solo pude percibir una ráfaga de viento cerca de mí. Por un instante todo quedó en silencio y tardé unos segundos en abrir los ojos y darme cuenta de lo que estaba sucediendo. Cuando entreabrí los ojos lentamente, fue cuando pude ver la escena de aquellos dos que permanecían parados como estatuas. Mi padre había detenido el golpe agarrándolo de su muñeca, recuerdo ver su brazo temblando por la tensión del gesto, y su mirada, perdida en las pupilas titubeantes de aquel chico. Ninguno sabríamos explicar hoy día que ocurrió exactamente, porque todo sucedió muy rápido y de forma inesperada. La amenazante actitud de mi padre había hecho palidecer la apariencia de aquel chico. La ira del joven se convirtió en miedo, porque los valientes solo son valientes cuando están rodeados de cobardes, y el sonido de los chasquidos se sustituyó por súplicas de disculpa que mi padre aceptó soltando el brazo del gigante, sin mediar palabra. El chico se fue al trote, volviendo la vista atrás varias veces, y mi amigo y yo nos quedamos mirando a mi padre confusos.

- Papá… - susurré sin saber muy bien como continuar.

- Creo que va siendo hora de que aprendas a defenderte - me afirmó sin opción a un no por respuesta.

Uno de los secretos mejor guardados de mi padre era su pasado como boxeador. Cuando era joven, practicó este deporte como inhibición a su conducta nerviosa, a veces violenta. No llegó a ser profesional, pero sí que entendía mucho de ese campo, y supuse que quería darme unas cuantas clases para cualquier afrenta que me pudiera ocurrir. En aquel momento yo acepté confuso, no lograba entender como una persona tan profunda y misteriosa mentalmente, tenía unos hábitos tan físicos y carnales. O bien una de esas partes era un embuste, una fachada, o bien mi padre era un genio.

Capítulo 6

3 Golpe a golpe

La parte más importante de tu cuerpo… Está sobre tus hombros

Lo eterno o lo fugaz del paso del tiempo depende en gran medida de la diversión o incertidumbre con la que afrontamos los días. Apenas si había pasado una semana desde aquel episodio, y yo, enmarañado en los hilos de lo incierto, veía pasar los minutos al ritmo de las horas, y las horas al ritmo de los días. Cambié un poco mis hábitos y costumbres, no esperaba encontrarme con una figura tan enigmática y a la vez apasionante, y el hecho de poder ocurrirse una situación de desdén por su parte me tenía en vilo, absorto, frecuentemente con la mirada en ninguna parte. Me limitaba a esperar, supongo que como hacemos todos con nuestros sueños, pensando que llegarán a tocar a nuestra puerta sin hacer más esfuerzo que desearlos. Mi madre, a la que le había contado todo lo ocurrido, se daba cuenta de la situación, e insistía en buscar una solución.

- Pero hijo, si tanto empeño tienes en conocer mejor a tu padre, ¿por qué no lo llamas y quedas con él? – Me cuestionó ella en uno de aquellos días mientras preparábamos el desayuno.

Mi madre era entonces una amiga más, alguien con un carácter altruista inherente, en quién podía confiar y de quién obtenía consejos propios de una psicóloga.

- Se como es papá, si lo llamo con la excusa del aprender a defenderme querrá verme para enseñarme a boxear, y seguro que se gasta un dineral en material de todo tipo.

Realmente me sentía atraído por la idea de llamarlo, pero pensaba que sería forzar lo natural. Era como si quisiera que el azar y la coincidencia nos encontraran de nuevo, o al menos, que yo descubriera algo más de él antes de volver a vernos, para evitar esa sensación de incertidumbre que me llevaba a poco más que nervios y ansiedad. Era sin duda el miedo, y no el gasto, lo que mantenía en la distancia.

- Él tiene un buen sueldo, y para que lo gaste en alcohol es preferible que antes lo emplee en ti – solventó mi madre imperativamente, consciente de

que mis dudas eran otras.

- Ya pero, no sé… ¿Cómo era papá cuando estabais juntos? – pregunté desviando el tema de conversación.

- Tu padre puede ser la persona más cariñosa del mundo, y la más distante al mismo tiempo, es lo que tiene la bebida - me explicó afable. – Pero puedo asegurarte una cosa, detrás de la máscara del alcohol tu padre esconde varios tesoros en su personalidad.

Mi madre abrió su boca para continuar, como si quisiera explicarme en pocas palabras todo lo que era mi padre y aquello que le hacía especial, pero fue silenciada por el sonido de un teléfono móvil. Aquel ruido se escuchó como si fuera el único de la sala. Ambos nos quedamos mirando al aparato, dejándolo sonar por un tiempo, miré a los ojos de mi madre, que lucían tan misteriosos como siempre, con ese color amarillento tan singular, y ella reaccionó cogiendo su teléfono, con un gesto interesado y un tanto apresurado. Miró a la pantalla y esbozó una suave sonrisa que le iluminó la mirada.

- Ves, estas cosas solo ocurren con tu padre, es él, cógelo tú – comentó mi madre sonriente y mística mientras me pasaba el móvil.

La charla con mi padre fue breve, un poco exigua, solo me dijo que fuera a su casa, que tenía una sorpresa para mí, y que no podía contarme más. Su voz fue dulce, pero no dio ninguna pista, dejando que el momento se quedara en tensión incluso después de acabar la llamada. Era típico de él esconder las cosas hasta el último momento, y quizás ese era el motivo por el que mi vida estaba enamorada del misterio. Sin apurar una espera que se me habría hecho eterna, me dispuse a salir de inmediato para ver que tenía planeado. Acabé mi desayuno con más prisa que hambre, me enfundé mi chándal y mis zapatillas y salí casi a la carrera.

Estábamos a mediados de invierno y el cielo se mostraba raso, haciendo el día más frío. Mi suerte era el sol que al menos me templaba un poco, y las personas que aquel domingo inundaban las calles, rompiendo con lo monótono y lo serio del periodo invernal. Además, parque a parque me iba identificando con los niños que allí jugaban incansables, sin aborrecer aún sus regalos de navidad. Los niños hacen al invierno primavera, y aquella mañana eso era mi refugio ante la baja temperatura.

Tras 15 minutos de caminata alcancé la calle de mi padre, una de las más antiguas del pueblo. En ella solo había pequeñas casas que pese a tener fachadas distintas eran muy parecidas estructuralmente, además, todas estaban habitadas por ancianos que por lo general llevaban allí toda su vida. Cuando llegué a su puerta, me dispuse a llamar usando la reluciente aldaba que tenía. Andaba un poco nervioso, hacía mucho que yo no pasaba por allí y tenía el temor de confundir su vivienda con otra. Acerqué

mi cuerpo hacia la madera, tan lento como silencioso, y fui elevando la mano intranquilo mientras subía el pequeño peldaño que había frente a la puerta. Justo antes de que mi mano alcanzase aquella pieza férrea, la puerta se abrió súbitamente, acarreando un estruendoso ruido que me hizo dar un sobresalto enorme.

- ¿Qué pasa, hijo? ¿Acabas de llegar y ya estás asustado? – me planteó mi padre entre la oscuridad de la entrada, con una sonrisa disimulada que mantenía mientras entraba hacia su comedor, dejándome la puerta abierta.

Entré después, cerrando la puerta tras de mí, y me dispuse a sentarme a su lado. Aquella casa tenía un aspecto sobrecogedor, los muebles de antaño decoraban toda la casa y le daban un toque anticuado, había numerosos cuadros en blanco y negro colgados de las paredes y la televisión, de inmemorial fabricación, tenía algunos canales inservibles que hacían poco más que emitir ruidos distorsionados, incómodos, propios de un filme de terror de finales de los 90. Justo enfrente de la entrada había un pequeño pasillo que conducía hacia el patio, cuya puerta de entrada estaba hecha de un cristal traslúcido que dejaba pasar la luz tibia y tenebrosamente. Eso sí, todo lo frío y sobrenatural de aquel hogar se hacía cálido y humano con la presencia de mi padre.

Sobre la mesa había un sinfín de sobres de tabaco de liar, acompañados de una máquina roladora para facilitar la tarea de fabricación de cigarrillos. Mi padre, cigarro en mano, humanizaba con aquel humo la sala, y a mí me hacía sentir cómodo aún estando en contra de aquella conducta insana.

- Oye, ¿Cómo sabías que… – le cuestioné mirando a la escasa lumbre de su pitillo, haciendo referencia a la anterior forma de abrirme la puerta.

- Las paredes oyen – me interrumpió.

Por su brevedad y firmeza supe que no iba a responder a mi pregunta, así que me limité a dar cuerda a aquella conversación.

- Desde luego que oyen, esos cuadros parecen incluso ver – le afirmé observando aquellas imágenes sombrías que se erguían sobre la televisión.

- Pues no son tan extraños como para que te inquieten, aquella mujer fue mi primer amor, aquel es tu tío, y la mujer del cuadro grande no es otra que tu abuela de joven – me aclaró señalándolos paulatinamente.

Desde luego la fotografía de mi abuela me inquietaba, estaba dotada de un realismo abrumador, casi hasta el punto de querer salirse de su marco

con cada mirada que recibía.

- Será familiar, pero ese cuadro de la abuela me da mala espina, parece que la estuviera viendo fuera, junto a nosotros.

- Bueno… Yo a veces la veo – musitó mi padre mientras daba una calada a su cigarrillo.

- ¿Qué? ¿Qué has querido decir? – cuestioné temeroso con los ojos más abiertos que nunca.

- Verás… – suspiró él con inseguridad en el tono. – No importa, olvídalo, la soledad y la imaginación en exceso causan estragos – concluyó aún dudoso, con la vista clavada en una hamaca que había junto a la imagen.

Yo quise profundizar ante aquella situación imprecisa, pensando en la bebida como un posible motivo de aquellas visiones, pero no tuve ni coraje ni tiempo de reaccionar, mi atención se desvió por completo hacia lo que estaba aconteciendo. Mi padre se levantó, y cogió una carta que había en la mesa, tal era mi despiste que no la había visto antes. El escrito estaba abierto, colocado debajo de los sobres de tabaco como si llevara ahí bastante tiempo. Intenté averiguar de qué se trataba y lo poco que pude leer mientras mi padre la apartaba de mi vista decía: ``Hospital Infanta Margarita´´. Normalmente los sobres que mi padre recibía eran facturas y demás cartas bancarias, todo escrito médico relacionado con alguna enfermedad temporal iba dirigido a su lugar de trabajo, por lo que aquel mensaje contenía sin duda algún dato interesante.

- ¿Qué es esa carta? – le pregunté intrigado y serio, obteniendo por primera respuesta el silencio.

Mi padre suspiró por un largo instante, mientras dejaba su cigarrillo apoyado en el cenicero, sin molestarse en apagarlo, luego volvió la vista hacia mí, cambiando el gesto triste por la alegría más sincera, misteriosa y espontánea.

- ¿Tu no venías a por tu sorpresa? ¿A qué esperamos?

Capítulo 7

Continuación capítulo: 3 Golpe a golpe

Que es muy fácil sonreír por fuera, pero es mucho más difícil hacerlo también por dentro

- ¿Tu no venías a por tu sorpresa? ¿A qué esperamos? – me dijo devolviéndome la mirada.

Una vez más supuse que el secretismo de mi padre no iba a satisfacer mi curiosidad, así que asentí con un gesto de resignación mientras me levantaba a esperas de su obsequio.

- Dime, ¿dónde está? – interrogué ya contagiándome de ilusión.

- Está en el patio – finalizó señalando la dirección sin dar más rodeos.

Inmediatamente me dirigí hacia aquel pasillo de luz tenue, avanzando por él en apenas un par de segundos y llegando a la puerta del fondo con inquietud, a expensas de ver cuidadosamente cualquier cosa que allí se encontrara. Agarré con tantas dudas como fuerza aquella manilla de hierro, y a medida que iba tirando hacia mí para abrir, la luz colmaba más firmemente el pasillo, iluminándome el rostro y las ganas de ver más allá. Justo tras la puerta había una cortina fina, como un último obstáculo a apartar para poder ver la brillantez de aquel espacio.

Lo primero que pude contemplar fue un patio atractivo y valioso. Estaba acogido por la sombra de una parra extensa, bien cuidada, que concedía a aquel lugar una iluminación mística, a capricho de las hojas y de los huecos que éstas dejaban. Además, aquel mar de sombras y luces se conjuntaba a la perfección con la enorme variedad de macetas allí ubicadas, algunas bordeando las paredes y otras entorno a una escalera en piedra que llevaba a un cuartillo en desuso, desvencijado por el paso del tiempo. Hasta la solería de aquel jardín artesano parecía encajar en lo rústico y lo hogareño con todos los componentes de aquel maravilloso lugar.

De repente, mi vista se detuvo ante un elemento en concreto. Estaba colgado de los hierros que guiaban a la parra, balanceándose vivaracho, nuevo e impoluto, justo en el centro de aquel patio. Aquel saco de boxeo era sin duda alguna mi ansiada sorpresa, mi boleto para conocer mejor a mi padre desde aquel día. Sobre él había además colgando dos pares de

guantes conjuntos, listos para servirnos y ser el origen de nuestra historia.

- ¿Te gusta? – inquirió mi padre mirándome mientras me adelantaba por la espalda, aproximándose al saco.

Yo avancé un poco también y le respondí con los ojos, no hacía falta más para saber que yo estaba encantado con lo que veía. El brillo de mis pupilas era el reflejo de mi agrado, y sabía que cualquiera me hubiera entendido con un fugaz vistazo.

Mi padre en ese momento cogió uno de los guantes que allí reposaban, y en un abrir y cerrar de ojos lo arrojó hacia mí con una velocidad relativamente elevada, teniendo en cuenta la escasa distancia que había entre nosotros. Yo instintivamente lancé mi mano hacia el objeto con la pretensión de agarrarlo y, fuera por suerte o por habilidad, lo conseguí.

- ¡No está mal! Es hora de empezar – exclamó mi padre pasándome el otro guante.

Aquel día me explicó algunos conceptos básicos de técnica y luego me dejó por libre. Me enseñó las posturas básicas y los movimientos más típicos, y me habló entusiasmado de algunas de sus anécdotas en el mundillo de aquel deporte. No quería sin embargo que yo llegara hasta tal punto, a él le bastaba con que yo supiera defenderme, y a mí me sobraba con poder escucharle, sin tener en cuenta mucho más. Yo usaba el saco como desahogo, golpeaba para calmar mi nervio adolescente y acababa haciéndome daño. El sonido de aquellos puñetazos estaba describiendo mi ira, hacia el mundo, hacia el pasado y hacia los problemas que aletean en nuestras cabezas, sin importar la edad. Entonces me di cuenta de que mi padre estaba apoyado en la puerta del patio, meditabundo, con los brazos cruzados a la vez que dando una calada a otro pitillo, riéndose, de mí o de lo que fuera que a él se le infundiera por la cabeza.

- ¿Qué te pasa? – pregunté dando un último puñetazo casi sin fuerza.

- Pegas solo con los puños, Manuel, ¿crees que es suficiente? – me preguntó un tanto reflexivo.

- ¿Qué hago entonces? ¿Dar patadas? – le contesté algo irónico sabiendo que el boxeo no incluía esa parte del cuerpo.

- No, pero intenta usar algo más.

- Vale, creo que ya entiendo, debo meter más la cadera, ¿no? – cuestioné

confuso, buscando una solución técnica.

- Prueba con algo más importante – refutó de nuevo.

- ¿Con todo el cuerpo? Siguiendo una cadena cinética… ¿o algo así? – dije ya por probar suerte.

- Hijo, la parte más importante de tu cuerpo… está sobre tus hombros.

Por un momento se hizo el silencio, me quedé mirando a mi padre mientras entrecerraba los ojos, extrañado. Desconocía si me estaba hablando desde la razón o desde la confusión, y además mi inocencia estaba entonces más presente que mi madurez, así que no encontré utilidad en su frase, sino humor.

- ¡¿Con la cabeza?! ¿Vengo el primer día y ya quieres que me abra la cabeza? – expresé ya entre risas.

Los dos empezamos a reírnos de forma cada vez más ruidosa, y las pequeñas risas picarescas de mi padre se convirtieron poco a poco en carcajadas. Era la primera vez que veía a mi padre reír de aquella forma, la primera vez que sentía enfrente a un amigo y no a un misterioso desconocido. Supongo que es lo que tiene este mundo, que es muy fácil sonreír por fuera, pero es mucho más difícil hacerlo también por dentro, mi padre no reía nunca en falso, y eso a veces lo hacía parecer serio, misterioso e intimidante, como si quisiera guardar su sonrisa para quién la mereciera realmente. Sus frases a veces eran demasiado profundas para mí, normalmente dictaban entre lo filosófico, lo bohemio y lo humorístico, así que lo mismo te daba por pensar, por sentir, o por reír. Aquel indescifrable corazón tenía un fuerte contraste, un lado muy abstracto y culto, y otro muy infantil y humano y, fuera como fuese, golpe a golpe, yo estaba empezando a descubrirlo.

Capítulo 8

4 Un saco de lecciones

Somos más fuertes de lo creemos, y más débiles de lo que pensamos

Aquella no fue ni mucho menos la última vez que mi padre y yo boxeamos, yo empecé a ir a su casa cada tarde, hiciera el tiempo que hiciera, tras acabar mis tareas escolares, haciendo de su misterio una preciosa rutina. Los días alternaban tertulias filosóficas y consejos técnicos de boxeo, deambulando desde la risa más persistente a la lección más profunda en cuestión de segundos. Fortalecíamos el cuerpo y la mente, y ambos lo agradecían día a día con madurez y felicidad. Mi padre se mostraba austero algunas tardes, y complejo en otras, así que era la dicha de su talante la que me dejaba conocer su alma a ratos, pedazo a pedazo, y según se mostrara ese día. Las horas pasaban muy rápido, los días incluso más, y pronto nuestros puñetazos fueron derritiendo al invierno para ir dando llegada a las flores, a la primavera y al buen tiempo. El caos florece en nuestras cabezas en esta época, y no es de extrañar que de aquel entonces guarde anécdotas imborrables.

Recuerdo un día en el que tuve un delicado conflicto en el instituto, un chico bromista por costumbre me tuvo como punto de mira aquel día, con bromas de mal gusto que no hacían más que encenderme y hacerme desear por momentos un combate real. El chico en cuestión se llamaba Daniel Ferrán, tenía mi edad y más o menos mi misma estatura, solo que era rubio y algo pasado de peso. Era originario de Cataluña. Él vivió allí casi toda su vida, alojado en un céntrico apartamento de Barcelona, muy moderno y de carácter lujoso, según nos contaba. Por lo visto al llegar a Priego y encontrarse diferente entre nuestra modestia, se acomodó bajo su soberbia en una falsa creencia de superioridad.

- Y tú eras… ¿El hijo del borracho no? – cuestionaba entre risas, en una de sus innumerables bromas de aquel día.

- Déjame en paz – rechistaba yo enfurecido.

- ¿Y si no? ¿Llamarás a tu padre? ¿Estás seguro de que sabrá llegar hasta aquí?

Aquel chico conocía a mi padre por lo que algún ignorante miembro de su familia le contaba, creía saberlo todo y se sentía el centro de atención entre aquel gentío escolar. Yo no tenía nada en contra ni de su familia ni

de sus riquezas, pero a veces, cuando la gloria se alcanza más por suerte que por merecimiento, los valores se pierden por el camino. Mi impulso natural y joven me hubiera llevado a acabar con su egocentrismo con algo más que palabras, pero mi cabeza insistía en la ignorancia por alguna razón.

El conflicto es el único objetivo de este tipo de gente, quieren verte arder, reírse por verte arder sabiendo que ellos son los pirómanos causantes. Yo era consciente de ello y no iba darle lo que quería, así que sostuve el peso de mi ira hasta llegar a casa. Comí poco y a traganudos, esperando salir de inmediato para encontrar sosiego entre las paredes de aquel patio que no desapareció de mi mente en ningún momento. Llegué pronto, más que cualquier otro día, causando sorpresa en el rostro de mi padre.

- Hijo, ¿Qué haces aquí a estas horas? – preguntó perplejo.

Ni si quiera me digné a contestar, corrí por el pasillo hasta llegar al patio, y a mano limpia, sin enfundarme los guantes, comencé a asestar una paliza al saco como si aquello me llevara a algún sitio. Mi padre me vio desde la puerta, y lejos de pararme, esperó a que me agotara antes de hablar. Al final, en solo unos pocos segundos, acabé abrazado al saco, desesperado y dolorido, al borde del llanto, sin explicarme por qué no había actuado de otra forma distinta y menos dramática. Por mi cabeza rondaban pensamientos de todo tipo, inclusive la creencia de que aquel deporte violento no merecería la pena.

- Sea lo que sea, te afectan bastante las cosas, te empiezas a parecer demasiado a mi – me dijo con una pasividad admirable. – Dime, ¿qué ha pasado?

- Alguien se ha dedicado a cabrearme todo el día, metiéndose contigo, con mi madre y con todo lo que se le venía a la cabeza.

- Pero, ¿ha pasado algo más? ¿Habéis llegado a las manos?

- ¡No! No quise, o no fui capaz, no lo sé… ¡Esto es una mierda! ¡La violencia da asco! – Exclamé sofocado, ya con los ojos lagrimosos.

Mi padre rió dulcemente, pude ver en él una ternura impropia de la situación. Me esperaba una reacción violenta, nerviosa, propia del padre sobreprotector, pero fue justo lo contrario lo que me encontré.

- Esto no es un asco, ni tiene violencia alguna, Manuel – me afirmó con suavidad en el tono.

- ¿Ah no? ¿Entonces por qué me siento pisoteado? – le recriminé.

- Hace 3 o 4 meses hubieras intentado golpearlo, ¿no es eso algo mucho más violento? – preguntó sin esperar respuesta. – La confianza que te dan los guantes te hace fuerte también mentalmente, te hace soportar más, y eso aunque no lo creas te sacará de muchos agravios.

- ¿Y para qué? No quiero acabar así, inferior, como un puto cordero frente a un león.

- Tu problema no es precisamente ser un cordero, hijo, sino considerarte un león, impasible, como si nada pudiera dañarte, la ignorancia es el golpe más doloroso y tú has sabido utilizarla.

- Pero, a ver… – intenté responder aun sin saber cómo.

- Hijo, somos más fuertes de lo creemos, y más débiles de lo que pensamos – me afirmó con rotunda decisión. – Aquel día cuando defendiste a tu amigo te creíste fuerte, y eso te hizo débil, abordable. Hoy precisamente te crees débil, cobarde por echarte atrás, pero no te das cuenta de que eso es lo que te hace fuerte, digno de admirar. Si todos supiésemos dar un paso atrás antes actuar…

Él se quedó mirando al vacío casi como si estuviese viendo sus propios errores, yo solo lo miraba a él, casi como si ya no me importaran los míos. Por un momento me quedé pensando en aquellas frases, perdido entre la razón de sus palabras. Todo empezaba a tener sentido y mi confuso llanto cesó, calmado por la satisfacción de sus respuestas. Mi padre denotaba aún tranquilidad, en cierto modo, parecía haber vivido esa situación antes, en algún momento incierto de su juventud en el que seguramente no contara con ninguna ayuda, habiendo estado forzado a aprender por sí mismo. Yo suspiré con un gesto algo exagerado, dirigiendo la vista a mi padre para hacerle partícipe de mi mejoría.

- La parte más importante de tu cuerpo… Está sobre tus hombros, ¿no? – aduje con calma y serenidad, parafraseándole para buscar la complicidad entre ambos.

- Y siempre hay una forma positiva de ver las cosas. Siempre – me respondió mientras asentía varias veces con la cabeza, testigo de mi comprensión y de mi madurez ante aquella situación.

Mi padre se dirigió a mí pausadamente, me agarró entonces por la nuca, masajeando sutilmente mi cabello, y arrimó mi cabeza a la suya para darme un dulce beso en la frente, tan cercano como concluyente.

- Parece que por fin empiezas a entenderme – me susurró al oído.

Capítulo 9

Continuación capítulo: 4 Un saco de lecciones

"La cultura puede esconderse en el rincón más inculto"

Lo cierto es que mi padre estaba empezando a ser una figura imprescindible para mí, pues reconfortaba mis puntos débiles y lidiaba con cualquier ápice de pesimismo. Todo para él se reducía a una cuestión de perspectiva, a encontrar un punto de vista positivo que diera con la solución al problema. Cualquier persona podría ver el vaso medio lleno o medio vacío, pero mi padre iba mucho más lejos.

- Recuerda mirar siempre a la vida con dulzura, con plena positividad – me decía en numerosas ocasiones. – Cuando el vaso esté vacío, míralo como si estuviera lleno a rebosar – afirmaba en serio, pero usando siempre una media sonrisa, además de su humor y su ingenio como terapia.

Podría jurar que mi padre era un experto en ser feliz. Él, inachantable, encontraba el mar en la gota más insignificante, y el sol en el haz de luz más tenue, y lo mejor de todo, era capaz de hacértelo ver así si te dejabas encauzar por sus palabras. Tenía una presencia carismática y una capacidad de convicción sorprendente, capacidades que en conjunto lo llevaban a tener fieles amigos que admiraban su forma de ser y de vivir. Conseguir el efecto que provocaba en quién fuera que hablara con él es ya de por sí un logro inverosímil, pero además, por si dicha gesta fuera poca, mi padre contaba siempre con una opinión para cualquier tema que surgiese. Era común verle escribir varios artículos críticos, que publicaba en El Adarve, el periódico local con el que todos nos enteramos de los sucesos del pueblo y sus habitantes. A veces recitaba problemas políticos con una poesía satírica, y otras, tiraba de oratoria para convencer a todo lector de lo que él estaba argumentando, de cualquier forma, sus palabras nunca pasaban desapercibidas.

En otra de las muchas tardes que adornaron aquella primavera, recuerdo una en concreto que me aclararía en gran medida la polifacética identidad de mi padre. Hacía un tiempo incierto, antojadizo y espontáneo. El sol coqueteaba inquieto con las nubes, reacio aún al ocaso, de forma que el día se hacía noche por momentos, y el calor se desvanecía a preferencia de aquellos entes gaseosos. Toqué en la puerta como de costumbre, y nada más ver a mi padre tras abrirme, supe que aquel día algo iba a ser distinto. Dentro del modesto comedor se escuchaban algunas voces más,

que entre lo siniestro y lo callado me resultaron irreconocibles en ese momento. Mi padre vestía más arreglado de lo que venía siendo costumbre, predispuesto en apariencia a salir a algún tipo de verbena o jarana nocturna. Lucía una camisa blanca con pequeñas chorreras y una americana negra, algo desgastada y a juego con un pantalón con un poco de campana, vestimenta propia de su afición de cantaor.

- ¡Pasa hijo! – exclamó enérgico. – No pasa nada por dejar el boxeo un día, siéntate con nosotros.

Nada más entrar pude ver en la mesa a otros 2 hombres de particular aspecto, uno vestía un traje marrón sencillo, con la camisa semiabierta. A él lo conocía de otras ocasiones, le llamaban Tutela y era un guitarrista que solía acompañar a mi padre en escenarios de toda la provincia. Se mostraba entonces algo silencioso, taciturno, pero mostrando una delicada sonrisa. El otro era un personaje mucho más misterioso que el anterior, iba vestido de oscuro, con una camisa negra adornada de un pañuelo rojo al cuello, y un sombrero flamenco que ensombrecía sus ojos hasta el punto de dejar ver poco más que su densa y canosa barba. Menos me hubiera bastado para saber de quién se trataba, aquel siniestro personaje era un reconocido cantaor flamenco al que conocían por el apodo de ``El Cabrero´´. Era un buen amigo de mi padre, y era habitual en él visitar por sorpresa a éste, siempre que su agenda y su tiempo libre se lo permitían.

- ¡Hombre! ¡El hijo de El Jardinero! – dijo El Cabrero mirándome, mientras reajustaba su sombrero. – Venga, siéntate que está la charla interesante.

Cuando mi padre se juntaba con sus amigos cantaores o guitarristas la cosa podría ir de cualquier forma, menos aburrida. Discutían sobre temas políticos o cotidianos, sobre anécdotas y música, sobre cultura general o sobre cualquier otra temática que les resultase de su agrado en ese momento. No era raro que comenzaran a cantar, menos si cabe teniendo a un guitarrista entre ellos, y no era extraño tampoco, a mi pesar, que comenzaran a beber y a brindar.

- ¿Por dónde nos quedamos? ¿Política actual? – cuestionó mi padre mientras se sentaba.

- ¿Se le puede llamar política? Esos ineptos son solo expertos del hurto, que no del gobernar – afirmó Tutela con resignación.

- Mi rebaño vale más que cualquiera de ellos, prefiero sus balidos antes que esa palabrería vacía – manifestó El Cabrero.

- Pues a la mayoría los manejan como títeres, así que no se yo quién es el

rebaño si no nosotros, aunque indigne – le reprochó mi padre.

- Pues será entonces que nosotros somos las ovejas negras, Jardinero – le contestó él.

Por un momento se hizo el silencio y todos bebieron de sus copas. Todos menos mi padre, que aun habiendo una tercera copa en la mesa no bebía de ella, no sé si consciente de mi irrevocable miedo a su adicción, o simplemente esperando a la sed y no al vicio.

- Es posible que escriba algún artículo usando esa comparación, no está nada mal – declaró mi padre en voz alta mientras me dirigía la mirada de reojo, atento a mi silencio.

- Eso estaría genial, Francis, tu eres dueño de la palabra – le halagó Tutela, usando su nombre de pila.

- Yo soy poco más que una realidad esperpéntica, Tutela.

- ¿Ahora te ha dado por ser un personaje literario Jardinero? – ironizó El Cabrero cabizbajo, con una sonrisa traviesa.

- Pues luces tengo pocas, pero bohemia me sobra – contestó mi padre. – Si por algo me toma la gente es por bohemio borracho a ratos y por sabio filósofo en otros, y a la hora de decir la verdad cualquiera es buena.

- Eso es casi contradictorio – aduje yo ante la explicación.

- Justo. Por eso aunque me lean por mi forma de escribir, por mi oratoria, se que en realidad, y aunque ellos no lo sepan, me creerán por mi controversia.

La jerga que mi padre estaba empleando aquel día era sin duda de otra época, impropia de él pese tener una palabrería preciosa. No me cabía la menor duda de que aquella copa no era la primera, ni la segunda. Fue sin embargo la primera vez que se describió a sí mismo como bebedor y como filósofo al mismo tiempo. Mi padre buscaba la palabra perfecta siempre y a veces era casi imposible diferenciar cuando su actitud era natural o proveniente de su alcoholemia. Así, él pasaba de niño a genio en cuestión de segundos y de tragos, y lo que era peor para mí, es que nunca sabré si era más genio estando sobrio o estando ebrio.

Por suerte aquel día dejó de beber por mi presencia, así que la cosa no fue a más, pero estaba empezando a preguntarme hasta donde podría llegar la situación. Si bien mi pesar siempre me acompañó por no conocer a mi padre, ahora creía conocerlo demasiado, y sentía miedo de perder lo

que apenas si estaba empezando a recuperar.

La charla que mantenían prosiguió abarcando temáticas diversas, no faltó la rememoración de sus cantaores favoritos, ni tampoco algunos comentarios cinéfilos sobre las películas de su época. La cultura puede esconderse en el rincón más inculto, o al menos así estaba ocurriendo en aquella calle vacía de esencia. Yo refugié mi miedo en el calor de sus lecciones, y disfruté lo que pude aún viendo a mi padre distinto. Al caer la noche el ánimo de aquellos conversadores se exaltó, y el discurso reflexivo se sustituyó por otro más vehemente. El alboroto pronto comenzó en aquella sala, Tutela sacó su guitarra y mi padre y El Cabrero comenzaron a cantar todo tipo de palos flamencos. Contemplando una mezcla de humoristas y cantaores, yo no podía evitar reír a la vez que me deleitaba con sus voces. No, definitivamente no sabía que pensar de mi padre, y tampoco sabía qué hacer ante mi temor. De todas formas, y aún estando expuesto al sufrimiento que podría conllevar el futuro, yo ya estaba ligado a su misterio por un vínculo demasiado fuerte.

Capítulo 10

5 Como marionetas

Quién viene sin pedir permiso después de irse sin dar las gracias lo hace siempre porque busca algo

Lo bueno que tiene la noche es que al día siguiente recuerdas todo como un sueño, y no como una realidad. Yo me levanté aún con la difusa memoria de aquel jolgorio, pasé la noche pensando dormido, y ahora me tocaba soñar despierto. Era un viernes festivo, un 2 de mayo que se quiso entender como día del trabajador por conveniencia del Estado, así que no tenía clases ni nada con lo que entretenerme. Por hábito y costumbre hubiera empleado el día en boxeo, en conocer a mi padre un día más y en aprender una nueva lección que de seguro me tenía reservada para la ocasión, pero aquella mañana no hallé el ímpetu necesario, fuera por miedo o por sospecha.

Durante varias horas me entretuve con una vieja videoconsola, además de con mi móvil y mi ordenador. Mi padre y su misterio me habían tenido demasiado ocupado como para pensar en otras cosas, llevando ya tiempo sin tocar aquellos aparatos. En mi intento de evadirme de su pensamiento recurrí a ellos como habría hecho un tiempo atrás, eso sí, si antes era por placer, ahora era casi por necesidad de sentirme humano, normal, con los pies en la tierra y con rutinas más comunes para lo que suele ser la etapa adolescente de hoy en día. Luego de estar varias horas como un autómata, me di cuenta de que aquello podría complacerme, pero no llenarme, así que decidí quedar con mi amigo Antonio para dar un paseo. Hablé con él por teléfono y no tardamos en vernos más de lo que comenzó a caer la tarde.

Antonio era un chico parecido a mí en algunos aspectos, más o menos la misma estatura, quizás un poco más alto, ojos azules, y una personalidad que le hacía apuntarse a cualquier cosa que se le propusiese, no conocía el no por respuesta. Yo a él le contaba todo lo que me ocurría con cualquier persona, tanto para buscar consejo, como para obtener apoyo. Mentalmente encajábamos bastante bien, ambos éramos tranquilos y compartíamos alguna que otra afición en común. Con él me empecé a juntar cuando éramos dos párvulos, teniendo una confianza que nos permitía tanto hablar durante horas como callar por otro largo tiempo. Siempre reconocí a mis amigos por la comodidad de sus silencios, cuando

de verdad hay amistad, callar es una charla más.

- Y entonces, cuéntame, ¿cómo te va con tu padre? – me preguntó él tras uno de esos momentos ausentes de palabras.

- No va mal, pero aún no sé si lo conozco de verdad – le respondí dubitativo.

- ¿Pero y eso? ¿No te daba consejos geniales?

- Sí, pero ya no sé hasta qué punto salen de su experiencia o… – continué casi con miedo.

- Ya – me dijo él en un tono comprensivo. – Ya entiendo, ¿pero delante de ti no bebe no?

- ¡No! Y hasta juraría que la gran mayoría de los días que voy no ha bebido tampoco antes de llegar yo.

- Pues si el problema viene cuando te vas, intenta sorprenderlo algún día Manu, intenta cazarlo con su copa y a ver si puedes hablar con él por las buenas – me aconsejó convencido, usando el diminutivo común entre mis amigos.

Sabía que Antonio también sentía curiosidad por mi padre. Él tampoco sabía explicarme lo que ocurrió el día que lo encontré peleándose, así que supuse una intriga propia del curioso. Por un momento voló por mi cabeza una idea que no tardó en aterrizar sobre mis labios.

- ¿Y si…? – cuestioné mirando a Antonio con interés. - ¿A ti también te gustaba el boxeo no?

Antonio asintió con media sonrisa, conocedor de mi repentina intención. Quería ver a mi padre justo en ese mismo instante, predispuesto a descubrir si se escondía bajo el jugo de su bebida cuando yo no estaba.

- ¿Ahora mismo? – preguntó casi como si se planteara la cuestión a él mismo. – Vamos.

Con mi amigo sobraban la mitad de las preguntas y se obviaban la mitad de las respuestas. La expresión de nuestros rasgos hablaba por sí sola y la experiencia del conocernos era la guía perfecta para hablar sin mediar palabra. El entendimiento no está ubicado en el oído, sino en la esencia de cada uno de los sentidos, y basta una fuerte amistad para comprender lo que digo.

En aquel momento nos apresuramos a llegar a casa de mi padre como si una respuesta clara nos anduviera esperando. Caminábamos sumidos en

un silencio desconcertante, supongo que ambos estábamos en constante inquietud por figurarnos de continuo la imagen que íbamos a acontecer. No era una situación incómoda, pero si reflexiva, hasta el punto de que ambos empezábamos a buscar la distracción en nuestro móvil conforme nuestros pies daban alcance a aquel hogar al que nos dirigíamos por antojo. Justo al llegar a la calle de mi padre quise romper el silencio con una frase corta cualquiera.

- Ya casi estamos – le dije a Antonio con ánimo de calmar mis nervios.

De repente, las persianas de la calle comenzaron a abrirse al ritmo que nosotros la atravesábamos. No había una sola ventana que no mostrase tras el cristal una mirada curiosa de los vecinos del lugar. No era mala hora, ni habíamos hecho demasiado ruido, pero el simple hecho de estar allí rompía la rutinaria vida de aquellos personajes algo cotillas, y era razón de peso para observarnos con descaro. Llegamos a la puerta de mi padre tras solo unos metros, y mientras ésta se abría con tardanza, mi amigo quedaba impresionado con lo que estaba ocurriendo.

- ¿Qué es esto Manu? ¿Es normal esa… curiosidad? – me preguntó confuso y sorprendido.

- Las paredes oyen… – le anuncié desviando la mirada a la puerta de mi padre. - ¿No es así? – Cuestioné en voz alta mirando a la figura de mi padre, que se aparecía tras la puerta abriéndonos de nuevo la vía hacia el misterio.

Mi padre sonrió como de costumbre, callado y con su pitillo en la mano, luego se movió dándonos paso y en silencio todos entramos dentro. Antonio y yo buscamos con la mirada por toda la casa una prueba del delito, un rastro que implicara al alcohol como precedente, tanto por el salón como por la entrada, y fuera con la forma de una copa o solo con la de un olor que descubriese los hechos, pero no vimos ni apreciamos nada que mostrara esos síntomas. La normalidad del salón nos golpeó con extrañeza, con una sensación confusa de encontrar lo que se quería, y no lo que se pretendía. Ambos nos miramos varias veces, sin saber muy bien cómo responder, y ante la duda, mi padre nos preguntó.

- ¿Qué buscáis? - pronunció firme mientras se sentaba en su sillón.

- Nada, ¿por qué íbamos a estar buscando algo? – cuestioné perdiendo el escaso disimulo que nos quedaba.

- Quién viene sin pedir permiso después de irse sin dar dar las gracias lo hace siempre porque busca algo – afirmó cediéndonos un instante de silencio solo para darse cuenta de que no teníamos respuesta para eso. –

Aunque quién sabe, quizá ya hayáis encontrado lo que queríais y, quizá, aún no os habéis dado cuenta. Venga, sentaos.

Capítulo 11

Continuación capítulo: 5 Como marionetas

Huimos del miedo como si fuera un problema, pero ignoramos que a veces es remedio y solución

Antonio y yo asentimos en un gesto casi invisible, dando un último paso hacia las sillas para colocarlas frente a la mesa y tomar asiento junto a mi padre. Estando ya sentados ante aquel panorama intranquilo y cargado de dudas, no tuvimos mejor cosa que hacer que agarrar de nuevo nuestro teléfono inteligente para mirar las redes sociales en busca de una distracción rápida que se llevara consigo nuestra incomodidad. Mi padre nos observaba pensativo, casi a la espera de alguna palabra de nuestra parte que no hubiera llegado nunca de no intervenir él.

- Siempre estáis con el aparatito en las manos, perdéis la vida en un espacio de apenas 4 o 5 pulgadas – criticó mi padre con la vista en la pantalla de mi móvil.

- No será para tanto, a ti también te vendría genial adaptarte a las nuevas tecnologías – aduje yo disconforme tras un breve instante, guiando mi vista hacia él por encima de aquella pantalla.

- ¿Qué no es para tanto? A mí no me hace falta nada de eso para ser feliz, aprendo de libros, bromeo con lo que tengo y me sobran medios para hacer reír sin necesidad de tanto aparatito moderno.

Mi padre llevaba razón en cierto modo, a él también le gustaba hacer fotos con su móvil, pese a ser mucho más antiguo y deficiente en calidad, y bromeaba con ellas constantemente. Recuerdo una fotografía que me enseñó en la que estaba subido, como si fuera un niño chico, en una de esas motos estáticas para niños pequeños, una de esas que colocan en los centros comerciales como adorno y atracción para hacer fotos a los más pequeños. Iba a todos los sitios enseñando su foto para disfrutar con el desconcierto de cara que se le quedaba a los demás. Él no necesitaba más que su mente y lo que tenía a mano para ingeniar cualquier cosa que hiciera reír a todos sus conocidos. En recuerdo de cosas como ésta, pero sin querer darle aún la razón, quedé callado ante su respuesta, y él, conforme a mi silencio, se limitó a levantarse y ponernos algo de merendar. Antonio le dio las gracias al momento, y yo, que aún seguía

dándole vueltas al asunto, me limité a seguir la charla.

- Papá… Entiendo que lo que tengas sea suficiente, pero igual con algo más podrías hacer cosas maravillosas, está muy bien tu conformismo, pero quizás también es necesario algo de ambición, ¿no?

- ¿Acaso no tengo ya ambición? – me cuestionó impasible.

- Pues si no aceptas las nuevas tecnologías a mi me da que no, es como si quisieras creer que tú vales más que todo eso. Hay mucho más por conocer y creo que intentarlo te rejuvenecería bastante – dije casi al borde del enfado por sentirme siempre falto de razón.

Mi padre quedó mudo por un momento, me miraba casi con rabia y resignación, atrapándome entre el desconcierto de sus facciones. Se levantó impulsivamente y me cogió del brazo, viendo que no habíamos empezado la merienda aún.

- Vamos, coge tu teléfono – dijo mientras tiraba de mí hacia el patio. – Tu también Antonio, ven al patio.

Fue justo en aquel momento cuando entendí lo necesario que es el miedo. Yo podía sentir un terror descomunal bajo el pecho, sentía un temor que surgía desde lo más profundo de mis entrañas hasta los suburbios más sensibles de mi piel. Palpaba el miedo con la yema de mis dedos, sí, pero también notaba el amor, el inentendible amor a lo desconocido. Cada momento de incertidumbre traía consigo un manojo de nervios, pero también otro de respuestas, y yo, totalmente consciente de aquello, empezaba a buscar cada vez más a menudo momentos como aquel. Huimos del miedo como si fuera un problema, pero ignoramos que a veces es remedio y solución.

No tardamos apenas unos segundos en alcanzar el patio, incluso Antonio llegó con prisa, atraído y extrañado por lo que acontecía. Mi padre se mostraba frío e ininterpretable, ni si quiera yo sabía hasta que punto buscaba el humor o la enseñanza seria, y en cierto modo, supongo que ni si quiera él mismo lo sabía. Justo al llegar al saco, le vi esconder media sonrisa como si ya supiera qué hacer, entonces, agarró un par de guantillas y me las pasó apresurado, con ganas.

- Vamos, póntelas y empieza a golpear el saco, pero recuerda agarrar tu teléfono siempre – me propuso con seriedad.

- ¿Cómo? ¿Quieres que golpee con una sola mano mientras cojo el móvil con la otra? – pregunté con duda.

- Si, incluso pega con la otra mano, si es que puedes – me aclaró a modo

de desafío.

Yo intenté hacer lo que me decía, tomándomelo con más seriedad que humor. Cuando me dispuse a golpear al saco me era imposible asestar un golpe firme, estaba pendiente de que no se rompiera el teléfono y aún así, varias fueron las veces en las que casi se escapó de mi tembloroso agarre. Dirigí entonces la mirada a mi padre y a Antonio, buscando una explicación a aquel ejercicio, y me di cuenta de que miraban desde la puerta del patio sin poder aguantar la risa. Me miré a mi mismo y me di cuenta de lo inútil que parecía intentando hacer gestos de boxeo de aquella forma.

- ¿¡Pero qué os pasa!? – exclamé ya entre risas.

Yo era una de esas personas que pueden colmar su ánimo con facilidad, que a la vez se pueden tomar la broma como algo serio, y lo serio como una broma, así que no me era difícil desviar mi ánimo hacia la risa. Mientras todos reíamos mi padre se puso sus guantes, en predisposición de enseñarme algo más. Parecía como si quisiera llegar a algún lado con aquellos juegos, buscando la moraleja en el errar de mis acciones. Él era así, yo aprendía a aprender, y no hay cosa que agradezca más hoy día. Se acercó a mí con media sonrisa y con el futuro en los ojos, a sabiendas de lo que ocurriría, guiando las riendas de la situación a donde fuera que él quisiese.

- Creo que Antonio y yo acabamos de comprobar que con tu móvil no sabes atacar, ¿podrás al menos defenderte? – me dijo mientras se abrochaba el par de guantes. – Vamos, mándale un mensaje a tu madre y dile que estás boxeando.

- ¿Cómo dices que…?

- Hazlo – me interrumpió serio y decidido.

Yo empezaba a irritarme por sus bromas sin explicación, ansiaba una respuesta, un motivo a ese comportamiento repentino de mi padre, pero él no estaba predispuesto a poner las cosas tan fáciles. Hice justo lo que me dijo y nada más comenzar a escribir aquel mensaje, mi padre comenzó a atacarme con puñetazos que me pasaban rozando. Ya habíamos practicado ese ejercicio antes, mi padre nunca llegaba a tocarme, pero sus puños pasaban tan cerca que me hacían darme cuenta de cuando me hubiera golpeado o no de ser un atacante real.

- ¡¿Pero qué haces?! ¡No puedo defenderme así! – Clamé enfadado.

- Sigue escribiendo… – Me repuso con difusa serenidad alcanzando el límite de mi paciencia.

Capítulo 12

Continuación capítulo: 5 Como marionetas

No por ser sordo se deja de oír, ni por ser ciego se deja de ver

Finalmente uno de sus puños acabó por dar con mi frente en uno de mis nulos intentos por defenderme mirando a aquel móvil, no sé por qué le hacía caso, mi enfado era de gran calibre y sentía que mi padre estaba cruzando los límites de la broma agradable. Su guante dio con mi frente, no con un gesto fuerte, ni rápido, ni tan siquiera firme, pero si humillante y ridículo.

- ¡Eres idiota o qué! ¡Ya lo he entendido, no te gustan los móviles! – grité con enfado.

- ¿Estás seguro de que crees entenderlo?

- ¡Por supuesto! Crees que con esto no puedo concentrarme en boxear, e intentas enseñarme eso de la forma más ridícula que se te pueda ocurrir, ¿¡crees que soy tonto!? – repuse con violencia y sarcasmo, víctima de mi enfado.

Mi padre entonces me miró fijamente y calló por un segundo, parecía estar ante el recuerdo de una desdicha, enfrascado entre las lecciones de su memoria.

- ¿Crees que se trata solo de boxeo? De golpear a un saco y aguantar a un padre idiota, ¿no? ¡Pues sigue así! ¡Vete! ¡Sal ahí fuera y disfruta del placer de tu teléfono mientras la vida pasa frente a ti tan rápido como una bala! – Exclamó mi padre cabreado, apuntando hacia la puerta sin apartar la vista de mí. – Cuando menos puedas esperarlo, justo cuando parezca que todo va bien, la vida te golpeará en la frente, ridículo, irremediable porque estarás mirando distraído a la pantalla de un objeto tan efímero como robotizante, titiritero de una sociedad en la que no sois más que marionetas fabricadas en serie. Cuando lo pierdas todo, hijo, habrás perdido mil momentos felices por atender a lo más llamativo y no a lo más importante. Pero entonces será demasiado tarde.

Mi padre denotaba una ira propia de un drama mucho mayor, sus palabras sirvieron de preámbulo para algo peor que no tardaría demasiado en ocurrir, algo que por alguna razón él parecía saber con antelación, y que resonaba en el eco de sus palabras como símbolo de un mal augurio. Yo

quedé perplejo ante la situación, su razón cruzaba mares temporales pero yo solo sabía del disgusto que suponía para él ver que su hijo, crédulo y cándido, era solo uno más de tantos que se dejaban manejar por los hilos de lo establecido. Antonio quedó estático, confuso y al margen de la discusión, pensativo y fiel recolector de toda lección que pudiera estar sacando en conclusión de aquel momento.

- Todo lo que hagas, por absurdo que parezca… tiene relación con la vida – concluyó mi padre mucho más calmado.

Yo recordé el motivo por el que fui a su casa aquel día, entendí la razón de sus frases pero sentía que mi padre no predicaba con el ejemplo al usar el alcohol tanto como yo usaba mi móvil. Me sentía mal, en parte por saber que debía asumir sus palabras como una cruda realidad, y en parte también por recordar su faceta más impura como bebedor, y así quise hacérselo saber.

- ¿Y tú, no eres un títere manejado por el alcohol? – dije con una crueldad desmedida que surgió como cúmulo de miedos e incertidumbres. – ¿No te distraes por igual bajo los efectos de tus copas?

- No por ser sordo se deja de oír, ni por ser ciego se deja de ver – me replicó casi como si tuviera esa respuesta planeada de antemano.

Antonio y yo nos dirigimos la mirada, ambos estábamos cada vez más confusos, la situación ondulaba constantemente entre diversos sentimientos y actitudes, y era difícil hallar respuesta a esa última frase tan contradictoria.

- No te voy a mentir, el alcohol distorsiona las cosas, pero enseña. Enseña porque aunque bebas, en lo más profundo de tu ser desearías ser capaz de no hacerlo, enseña porque roza los límites de la involuntariedad, y porque beber no es despreciar la vida, sino amarla demasiado – nos explicó él tornando su habitual tono en otro más mustio y confidente. – Solo deja de mirar a la vida aquel que no quiere verla, y lo único que quiero es que no desperdicies algo tan valioso como eso.

Ni Antonio ni yo encontramos palabras para responderle, quizás sonaba a excusa, y muy posiblemente lo fuera, son precisamente los padres que fuman los que más lo prohíben a sus hijos, pero si por algo lo hacen es porque ellos viven el daño desde dentro. Quizás también sus juegos podían llegar a sentar mal a veces, pero no había duda de que sus intenciones eran puras, y su eficacia a la hora de enseñar, máxima. Aquel día la rutina de ejercicios se hizo más por intuición que por costumbre. Antonio se puso un par de guantes y mi padre se fue al comedor a ver la televisión. Fuimos por libre ese día, golpeando apáticos aquel saco mientras callábamos en busca de que el silencio ordenara nuestros pensamientos. No sé si fue por causa de nuestro caos mental, por

respeto, o por aprendizaje de las palabras de mi padre, pero aquel día no volvimos a tocar nuestro móvil.

Acaeció la noche con impulsiva rapidez, y de vuelta a casa solo podía pensar en las frases de mi padre. Pensaba mientras miraba a mi alrededor, mucho más consciente de todo lo que ocurría que antes. Levantaba la cabeza varias veces, y mientras me perdía entre el azul oscuro de aquel anochecer empezaba a darme cuenta de que a veces perdemos el cielo por tener la dichosa costumbre de caminar mirando al suelo, como si eso nos fuera a dar la solución a nuestros problemas. Sabía que mi padre y su forma de ser me iban a poner a prueba, enseñándome a base de misterios y momentos sin sentido. Yo, joven y aventurero por naturaleza, estaba dispuesto a correr los riesgos, porque no hay más ciego que el que no quiere ver, ni más loco que el que no quiere vivir.

Capítulo 13

6. De mis sombras hasta el cielo

Somos el perfecto hogar de nuestros miedos

Del día siguiente puedo decir poco más que lo aprendí del día anterior. Las palabras de mi padre resonaron por mi cabeza incesantes durante todo el día, como un martilleo constante que iba destruyendo mis creencias sobre el mundo y la sociedad poco a poco. Había despertado con un vago recuerdo, uno que quiso entrar a mi cabeza mediante las puertas de los sueños, en forma de una pesadilla que recurrentemente me había atormentado durante toda la noche. Yo me veía entrar a la casa de mi padre, justo el día en que él me sorprendió por primera vez enseñándome el saco nuevo y reluciente. Es cierto que era un recuerdo, que ya había vivido eso antes, pero por alguna razón yo no veía por mis ojos, si no por los de mi padre. Me veía entrar a mí mismo como si yo estuviera dentro de su cuerpo, e incluso saboreaba cada calada del pitillo que estaba fumando. Me sentaba en su sillón y de nuevo me veía a mí mismo mirar todo el salón, deteniendo mi vista en los cuadros, luego de eso revivía la misma conversación que tuvimos ese día, justo hasta el punto en el que yo me percataba de que había una carta encima de la mesa, entonces es cuando el sueño acababa. La última imagen que podía recordar del sueño era el momento en el que miro la carta para guardarla, tal como hizo mi padre para esconderla de mi mismo. Leí lo mismo que había leído yo cuando los hechos sucedieron: Hospital Infanta Margarita. En esta ocasión además, podía contemplar una fecha que venía indicada justo debajo de este titular, a modo de indicación para una futura cita, pero no sabría decir con certeza de que día se trataba.

La pesadilla había estado repitiéndose una y otra vez atormentando mi sueño, me desperté cansado y aún con el imborrable y presagioso recuerdo de aquel dichoso sueño. Sentía algo extraño, empezaba a tener un nudo en la garganta y en el pecho, y un pesar en la cabeza que me impedía pensar con claridad. A veces nuestras incertidumbres son tan grandes que parecen acumularse materialmente en cualquier parte de nuestro cuerpo, y aunque ese sentimiento sea odioso, no hay mayor verdad que esa. Somos el perfecto hogar de nuestros miedos. Por suerte, pronto sería la distracción del instituto la que daría fin a esa amarga sensación, pero ni si quiera con el cuerpo relajado y distraído dejaba de actuar distinto, inquieto, alarmado por pensar que algo iba a cambiar. Antonio percibió el desvarío de mi tono, pero a sabiendas de mi carácter y de lo ocurrido el día anterior, supuso por lógico mi comportamiento, sin

llegar a preguntar qué me ocurría.

Cuando llegué a casa me desplomé en el sofá, cediendo ante la indiscutible demanda de sueño que mi mente presentaba. Caí rendido y pude al fin dormir plácidamente hasta eso de las ocho de la tarde, aproximadamente. Por fortuna, era para mí un día libre de tareas escolares, así que podía aprovechar el tiempo de aquella tarde en cualquier placer mundano que se me hubiera ocurrido. Mi decisión, sin embargo, no fue otra que acudir una vez más a mi padre con la pretensión de boxear y despejar mi cabeza de los constantes cambios ocurridos en ese día, así que sin ninguna oposición por parte de mi madre, eternamente conforme con mis decisiones, decidí cenar y aventurarme a salir, de nuevo sin dar previo aviso a mi padre.

La noche abría ya su regazo impredecible, como digno preludio de lo que estaba por suceder. El cielo estaba despejado, mostrando atrevido una colosal mancha de estrellas, y la luna alumbraba también con fuerza, en plena función de farola del pueblo y de la noche. Las personas caminaban sigilosas de un lado a otro aprovechando los últimos suspiros del día, algunas llenas de ajetreo y prisa, y otras cubiertas de amor y gracia, con pasos lentos en pareja que parecían estar coordinando a propósito. Yo alcancé la calle de mi padre contagiado de esa misma serenidad, decidido y hechizado por la luz de luna, como si me guiaran más los astros que mi propia conciencia. Esperaba cualquier cosa de mi padre, menos aquello que realmente sucedió.

A medida que iba acercándome a su casa pude ver una situación con más misterio que realidad, las ventanas denotaban la carencia de luz, y la puerta estaba cerrada a cal y canto. Todo sería común de no ser por la presencia que reposaba sentada sobre el umbral de la puerta. Desde lejos, y a la vez que atenuaba el sonido de mis pasos titubeantes, pude contemplar una silueta mimetizada con la noche. Era una figura de gesticulación relajada, siniestra por la escasa iluminación de la calle, que situaba a contraluz toda facción de aquella persona. Por miedo hubiera dado media vuelta, pero por intriga quedé parado a varios metros viendo la situación. El sonido chasqueante de un mechero dio luz de repente a aquella sombra humana, iluminándole el rostro por capricho de su adicción, y ya con el escaso fulgor de aquel cigarro pude apreciar la distinción de su semblante.

- ¿Papá? – cuestioné inseguro.

Aquel personaje, sumiso entre su calma, tardó en contestarme lo que sus labios en humedecer aquella colilla. Inhaló un par de veces con la atención puesta en la ceniza del cilindro, sacudió su mano para arrojar ésta al suelo, y expulso de su boca el humo para dar respuesta a mi pregunta.

- ¿Vas a quedarte ahí toda la noche sin saludarme, hijo? – me respondió entre la fumarada, aún sin dirigirme la mirada.

Su respuesta era tranquilizadora, eso seguro, pero no sabría decir hasta que punto resolvió mis dudas o las avivó aún más con aquellas respuestas tibias. Cesó así el miedo, pero no la incertidumbre, no entendía qué podía hacer ahí mi padre, y tampoco alcanzaba a comprender el por qué de su reflexiva actitud. Parecía haber estado esperándome durante toda la tarde, como teniendo la certeza de que acudiría más tarde o más temprano.

- Me habías asustado, ¿qué haces ahí sentado? – le dije mientras me acercaba paulatinamente.

- Bueno, venías a entrenar, ¿no? Te estaba esperando – me repuso con sosiego mientras se levantaba mirándome. – Pero no esperes que hoy sea igual que todos los días, que a estas horas el saco ya no enseña.

- ¿A qué te refieres con eso? – Interrogué entrecerrando dubitativo los ojos.

- Anda ven, sígueme - concluyó mientras se dirigía hacia el fondo de la calle.

Capítulo 14

Continuación capítulo: 6. De mis sombras hasta el cielo.

"Pero somos demasiado ingratos como para aceptar nuestros misterios sin más"

El indescifrable incógnito que mi padre mantenía como identidad se estaba tornando en un tono afligido que parecía ser perdón de anteriores conductas. Mi padre caminaba al borde de la penitencia, justo delante de mí, y con una marcha arrogante y altanera que hacía que me limitase a seguir sus pasos, más como discípulo que como hijo, y sin pretensión alguna de preguntarle sobre unas intenciones que de seguro no iba a querer contarme. La intriga y el suspense se adueñaban de mí, entremezclándose con mil y una ideas que me servían de consuelo ante el tradicional silencio de mi padre. De haber sido un año o dos mayor, hubiera disfrutado el momento sin buscar entenderlo, ya que mi padre, como la vida, era impredecible, por mucho que mi imaginación se empeñara en fingir lo contrario. Si pudiéramos por un momento denegar el pensar, por avivar el sentir, nuestro corazón bombearía felicidad al instante, pero somos demasiado ingratos como para aceptar nuestros misterios sin más.

Mi padre continuó su paso calle abajo con sigilo, hasta llegar a una recta paralela sin salida que solían usar los vecinos como aparcamiento. Una vez allí se dirigió hacia su coche, que estaba situado entre la penumbra, justo al final del callejón, donde ya ni las farolas alumbraban. Al llegar, se paró junto a este y me hizo un gesto con el brazo para proponerme subir por el lateral del copiloto. No entendía muy bien qué quería hacer, mi padre iba a casi cualquier sitio andando, dejando el coche para viajes u otros desplazamientos mayores. Él siempre tuvo la creencia de que aquellos que iban siempre sobre ruedas eran el más fiel sinónimo de la vagancia, esclavos de la tecnología, según él decía.

- ¿Dónde me llevas? – pregunté mientras bordeaba el vehículo.

- Tú sube. Esa no es la pregunta que importa – me repuso misterioso mientras abría su puerta.

Yo sonreí extrañado, a medias entre la ironía y el humor, cada una de sus respuestas me planteaba diez preguntas más, y cada una de estas

cuestiones se hacía cuna de mis dudas más imperecederas.

Mi padre arrancó el coche y encendió las luces, comenzando así a avanzar con lentitud y disimulo por el barrio. Su coche, un viejo Renault Twingo, tenía más años que yo mismo, pero también tantas aventuras como kilómetros recorridos. Lucía un tono verde, desgastado por el paso del tiempo, y se caracterizaba por llevar los chalecos luminiscentes puestos sobre el asiento del conductor y el copiloto, a modo de funda, y permitiendo que incluso desde la distancia el automóvil fuera inconfundible. Por dentro era sencillo, sin más adorno que un ambientador de pino que ya no desprendía olor alguno, y algún par de herramientas de jardinería que mi padre solía dejar bajo los asientos. Apenas si había un par de coches como ese en el pueblo, por lo que era aún más fácil percatarse de la presencia de mi padre cuando éste se acercaba conduciendo.

Habiendo recorrido ya parte del pueblo, comenzábamos a atravesar el centro, que por azar o destino estaba desierto de gente. Mi padre tatareaba alguna que otra canción entre la quietud de aquellos lugares, y yo lo miraba de reojo cada vez que alcanzaba algún tono complicado, él, consciente de mi mirada, decidió sustituir el dulce canto por el confuso hablar.

- Mira bien a tu alrededor, Manuel, observa cada estrella cegada por cada barrote, y palpa cada brisa de aire fresco, mira bien a este hogar que te acoge y mírate a ti mismo, en lo más profundo de tus miedos, y en lo más superficial de tus complejos – me dijo repentinamente mi padre, con tonalidad bohemia.

- ¿Qué mire qué barrotes? Yo soy lo suficientemente objetivo como para mirarme a mí mismo y saber cómo soy o cuáles son mis miedos – respondí obteniendo como resultado una picaresca sonrisa.

- Pues cuando acabe el día, quizás no vuelvas a verte de la misma forma – concluyó casi sin dejar de sonreír, imperativo y sin buscar respuesta.

Me quedé perplejo mirando a mi padre, aún podría dudar de su condición bohemia por causa del alcohol, pero su tacto en el volante era firme y decidido, y su aliento me había llegado al hablar sin conllevar ningún tipo de hedor delatante. Buscaba encontrar respuestas en sus palabras, pero como de costumbre, solo hallaba más incógnitas. De repente, nuestro pacífico viaje se transformó momentáneamente en un memorable sobresalto, comenzábamos a salir del pueblo por una carretera secundaria aún a modo de travesía, discurriendo entre las casas de la periferia y sin yo estar pendiente en aquel momento de la calzada. Volví entonces mi cabeza hacia la carretera y la primera imagen que recuerdo es ver en el

cemento a aquel ser inerte.

- ¡Cuidado! – Exclamé sorprendido.

- Tranquilo, lo he visto – me contestó mi padre impasible, mientras esquivaba a aquel pájaro sin vida. – ¿Desde cuándo le das tanta importancia a los pájaros?

Desde luego actué más por el susto que por la importancia de un ser que yacía ya exánime. Aquel ave, negro como un cuervo y del tamaño de una paloma, permanecía inmóvil con un ala en vertical, capricho postural del rígor mortis. Su recuerdo hubiera sido efímero en mi memoria de no ser por la bella predicción que haría mi padre a posteriori.

- Me he asustado, además, bastante que ya está muerto, no merece ser pisoteado, ¿no? – interpelé retóricamente. – Aunque si no eres tú, será otro quién pase por encima, está situado justo en el lugar por el que suelen pasar las ruedas.

- No lo creo, seguramente se quedará ahí intacto por un tiempo, nadie tiene por qué atropellarlo sin razón – me afirmó rotundo.

- Creo que este mundo, por desgracia, es mucho más cruel de lo que piensas. Hay maldad en miles de personas, si no la suficiente para pisotearlo a propósito, al menos la justa como para no apartarse en caso de verlo tarde – le expliqué siguiendo mi sentido común.

- Será un presentimiento entonces, pero estoy casi seguro de que nadie lo aniquilará tan fácil, hay bondad en el ser humano.

- ¿Hay bondad? Todos los días en el telediario se pueden ver varios asesinatos y varios casos de violencia de género. Respiramos aire inapropiado, comemos casi más químicos que productos naturales y estamos gobernados por un sistema casi conspiratorio, basado en el control, vosotros mismos lo comentasteis en aquella fiesta hogareña a la que fui – argumenté de plena credulidad. – La maldad es innata, por mucho que nos duela.

Mi padre suspiró por un momento mientras aparcaba el coche en una de las últimas calles que acompañaban solitarias a la carretera, esperó a realizar la maniobra completamente antes de dirigirme la palabra, quizás por meditar su respuesta, o quizás también por darle una importancia que cualquiera hubiera creído necesaria. Justo en ese momento, abrió la boca y me explicó unas razones que, más allá de lo realistas o de lo utópicas que pudieran ser, empezaron a darme a entender todo aquello que la mente de mi padre escondía, eso mismo que aquella noche mi padre estaba dispuesto a enseñarme.

Capítulo 15

Continuación capítulo: 6. De mis sombras hasta el cielo

Quién me iba a decir en aquel jardín de infancia, que madurar es poner alas al alma, y no seriedad al corazón

- La bondad está en la esencia de toda persona, nacemos buscando el bien, y si no mira en el brillo de los ojos de un niño, que llora y patalea por conseguir lo que quiere, pero que abrazaría a cualquiera que le regalase su sonrisa sin importar si es blanco, negro, o si viene de Marte. Cuando crecemos, cuando maduramos y nos convertimos en adultos, cometemos el fallo más grande de nuestras vidas. Nos hacemos más egoístas solo porque otros lo son, nos volvemos ególatras solo por no hallar otro método de defensa mejor. Un elefante podría aplastar a un tigre y sin embargo, se asusta de un ratón – me explicó parando en sus acciones un breve momento. – Ahí fuera no hay más que hipocresía y leyes del ojo por ojo, pero eso es así solo porque esta sociedad está tuerta desde sus inicios, y este es el efecto mariposa de justicia que se nos enseña.

Estaba quizás ante la explicación más sincera de mi padre, jamás me había parado a ver el mundo con una ideología tan positiva e injusta a la misma vez. Mi padre estaba realizando una crítica y una defensa al mismo tiempo, y mi mente se enredaba entre dicha contradicción.

- El miedo, el prejuicio, el odio sin razón… Quizás en parte van en los genes, pero en su mayoría son cosas que por desgracia te enseña el mundo. Probablemente pasen por aquí hombres capaces de desear la muerte a una mujer, por sus desdichas, por una legislación que a su parecer a veces deja desamparado a un hombre tras un divorcio – continuó pensativo mientras apagaba las luces del coche, conocedor por propia experiencia de lo que decía. – o por mil motivos más igualmente injustificables. Pero como seguramente no vaya a pasar ningún hombre que haya discutido con un pájaro, todos lo esquivarán por instinto – concluyó mirándome con media sonrisa.

Aún dudaba de si la realidad era como mi padre la contaba, pero yo mismo había sentido a veces la empatía hasta el punto de querer llorar por ver el rostro de quién se inunda en lágrimas. Todos hemos sentido alguna vez el dolor de otro, y sabemos lo que se siente al ponernos en los zapatos de quién no goza de nuestra misma suerte, así que no sería tan extraño al fin de al cabo que en el fondo hasta el más desalmado tuviera

algo de bondad tras sus ojos. Ambos salimos del coche y empezamos a andar hacia donde quiera que nos llevaran las intenciones de mi padre, yo quedé con la curiosidad del saber que ocurriría con aquel animal, si sería víctima de la maldad, o tendría un final más similar a la predicción de mi padre. No hay mucho que contar en este sentido aparte del asombro que produjo en mí su resolución. Yo avisaría a un antiguo amigo del colegio, que vivía por la zona, para que me mantuviese informado de la situación de aquel pajarillo. Mi amigo era un tal Iván Cuenca, tenía confianza con él y era ciertamente un poco serio, pero aceptó, aunque como no podría haber sido de otra forma, no sin antes tomarme por loco.

Pasarían varios días hasta que el pájaro fuera retirado de la calzada por los operarios del servicio de limpieza de carreteras, según lo que me contaba Iván, no había coche que no aminorara al menos un poco su velocidad y esquivara al frágil ser, y al final, tuvieron que ser las rutinarias limpiezas las que pusieran punto y final a la estancia de aquel pájaro. Probablemente nunca llegue a entender cómo ni por qué, no sabré si es que mi padre estaba en lo cierto, o simplemente que la suerte tuvo el empeño de darle la razón, pero aquel ave sostuvo su ala rígida, dirigida al cielo, hasta que pasó el último vehículo.

Estas son justo las anécdotas que hubiera necesitado saber antes de llegar al lugar al que mi padre me llevaba, y no después, pues de haber sabido mirar más con el corazón que con los ojos me hubiera dado cuenta de que mi padre estaba ya también apuntando al cielo con sus propias alas. Quién me iba a decir en aquel jardín de infancia, que madurar es poner alas al alma, y no seriedad al corazón, y que vivir era poco más que darle un sentido a todo aquello que se nos escapa de la razón.

Luego de andar unos minutos, mi padre comenzó a avisarme de nuestra llegada, aquel sitio estaba más cerca de lo que pensaba, bastaba salir a los suburbios del pueblo para encontrar aquel carril celestial sin fin pero con destino. Todo era cuesta arriba, en dirección al punto más alto del camino, y habiendo ya abandonado por completo toda edificación pueblerina. Por si fuera poco, mientras avanzábamos el sendero se perdía en la oscuridad de la noche, siendo la luz tan tenue y plateada como a la luna se le antojaba. Durante los últimos metros de trayecto ya podía incluso ver tras una pequeña arboleda aquello que mi padre quería enseñarme, sin duda no podía ser otra cosa que no fuera aquello que parcialmente ya comenzaba a observar.

- ¿Te gusta, no? Solo unos metros más y entenderás al completo esta maravilla – me dijo mi padre mientras menguábamos en nuestros pasos, alcanzando ya la cumbre de la senda.

No me atreví si quiera a contestarle, cualquier superlativo hubiera sido escaso para la situación. Tan solo le dediqué una mirada, la más inocente que tenía, esa que había guardado en mí desde que era crío, la misma

que abría mi mente en su totalidad para volver a aprender o entender cualquier cosa que estuviera en el designio de aquella noche. Aquel paisaje centelleaba inefable ante nuestros rostros, despertando y adormeciendo a la vez cada uno de mis cinco sentidos. Sentía la mudez en mi garganta, propiciada no por la presencia de nervios, si no por la ausencia de palabras, sentía el vértigo, el temblor de mis pies y el terremoto de mi piel al erizarse, el corazón latía en el estómago, el cerebro pensaba en el pecho, y entre tanto desconcierto veía frente a mí algunas de las miles de respuestas que andaba buscando. La vista era maravillosa, impensable, pero desprovista de sentido de no ser por las respuestas que mi padre iba a contarme.

- Es muy simple, pero esplendido, ¿verdad? – me dijo mientras se sentaba en el suelo, en un hueco blando de arena que tenía por respaldo la súbita subida del terreno.

- Es precioso, pero… ¿Por qué me traes aquí? ¿Qué es este sitio? – pregunté girando la cabeza hacia el sitio sobre el que mi padre se encontraba sentado.

- Esto es… - musitó mientras miraba el paisaje, aguantando un segundo más su respuesta – Esto es el balcón del cielo.

Capítulo 16

7. Desde el balcón del cielo

No hay más frontera que la piel, pues todo lo que importa está tras ella

La magia de aquel lugar se haría tan eterna como el brillo de mis ojos, ni si quiera la noche paliaría el espejismo de mis lágrimas, que humedeciendo mi mirada y mi actitud, hubieran permitido a cualquiera ver el paisaje en su reflejo. La voz de mi padre había sonado como algo más que una descripción perfecta, sobrepasando el límite de las frases que se olvidan, para alcanzar la cumbre de aquellas que viven por siempre en el recuerdo.

Frente a mí se erguía poco más y poco menos que nuestro mismo pueblo visto desde arriba, con miles de luces parpadeando a capricho de quienes habitaban tras sus ventanas. Era un denso bosque de luciérnagas, un vasto mar de estrellas, un cielo a ras de suelo sobre el que poder sentirse grande. Las calles sobre las que acostumbraba a andar se convertían en meras líneas refulgentes que serpenteaban perdiéndose entre fachadas, dejando por rastro un laberinto luminoso que se hacía más invisible cuanto más cerca se estuviera. Por muy alto que hubiera volado mi imaginación, jamás hubiera alcanzado a figurar una vista como aquella. No eran además los únicos destellos del paisaje, pues estando justo por encima de tanta contaminación lumínica podíamos observar también un firmamento antojadizo, predispuesto a mostrarnos su misterio a base de constelaciones y astros radiantes.

Si de cualquier nimiedad mi padre extraía mil conclusiones, de aquel paraje debía surgir sin duda alguna de mis ansiadas respuestas. Miré entonces a mi padre, eclipsado de rostro, aún a la espera de que me diera un significado claro, una lectura de aquellas texturas visuales. Él estaba sentado con la vista al frente, perdida, siendo el horizonte que separara ambos espacios celestiales. Sobre sus ojos se reflejaba toda luz, actuando, al igual que yo, como inmutable espejo de aquel encanto. No tardaría sin embargo en romper la quietud con gestos, en seguir los cánones de su instinto, prendiendo en llamas al silencio con el sonido crepitante de su mechero. Yo sabía, por experiencia de otras veces, que tan pronto como inhalara aquel humo, exhalaría una lección por respuesta, y en conciencia de aquello, me senté a su lado, acomodándome al abrigo de su alma. Recuerdo ver una tenue fumarada,

una nube de humo que traía consigo el arcoíris, si bien yo antes estaba dispuesto a soportar la tormenta.

- Si sostienes tu mano en alto, con la palma hacia arriba – me dijo mi padre mientras alzaba su mano al frente, torciendo el gesto facial. – Verás que aquello sobre lo que pisabas firme se tambalea en tu mano, ocupando justo eso.

- Jamás imaginé que con solo un paseo pudiera ver todo un pueblo en el tamaño de mis manos – dije entre la serenidad de la noche, imitando sin darme cuenta a mi padre en sus gestos, de pies a cabeza.

Ambos parecíamos mimos jugando a ser lo que el otro es, títeres movidos por la misma cuerda. A nuestro alrededor había poco más que un árido espacio que recuerdo por sus tintes plateados, al gusto de la luna. El silencio propio de lo distante del sitio nos aislaba en una conversación profunda, con matices sombríos. Éramos luz y oscuridad hablando, dos polos tan opuestos como parecidos dispuestos a estrechar lazos bajo las tinieblas del momento.

- Incluso puedes ver como siguiendo las líneas de la palma de tu mano puedes atravesar el pueblo con la mirada. Apenas estamos a unos metros y tu hogar ya es un punto entre tantos otros – prosiguió mi padre mientras me miraba de reojo a mitad de frase, elevando las cejas y llevándose de nuevo el pitillo a la boca.

- Parece mucho más pequeño de lo que se siente al estar dentro – afirmé decidido, bajando ya mi mano.

- Y lo es, creemos conocer todo por saber todas las cosas que ocurren ahí dentro pero, ¿y fuera? ¿Quién conoce alguna esquina? No somos más que una lágrima perdida en un inmenso océano.

- ¿Y estar aquí nos hace distintos? ¿Más grandes o sabios, no? – pregunté buscando ya explicaciones, dirigiendo mi rostro hacia el suyo con un sutil giro.

- Esto nos hace más pequeños todavía, hijo, creemos ser alguien hasta que miramos hacia arriba – me refutó de inmediato. – Pero también es verdad que el simple hecho de aceptar lo insignificantes que somos, nos hace precisamente un poco más transcendentes. Es la humildad la que te podrá hacer valer hijo, no la grandeza ni el orgullo – me comentó mirándome también.

Enmudecí mientras miraba a mi padre, entendiendo de inmediato su esencia. Él era un espectro, poco más que un fantasma sabio al que solo podías ver si querías entender lo que el resto era incapaz, si te sentías tan vacío por dentro que sus locas palabras te sonaran cuerdas por unos

instantes. Su personalidad en sí era un tamiz, un filtro que alejaba a toda persona que anduviera tan cerrada de mente como de espíritu.

- Los sueños de la gente moderna se acaban tan rápido como terminan las paredes, vivimos en una cárcel de hormigón – continuó mi padre volviendo la vista al frente. – Y lo peor es que no hay cosa más invisible que esas y otras fronteras, ¿líneas que delimitan qué?

- Ideales, o formas de organización, supongo – contesté tomándole el turno de palabra.

- Palabrería y formas de control, diría yo – refutó dirigiendo su crítica a la política. – No hay más frontera que la piel, pues todo lo que importa está tras ella. Y del resto, de los que quedan fuera, sé que nos dominan como quieren, y lo peor es que nos creemos encontrar bien así.

- ¿A qué te refieres exactamente?

- ¿A qué? Nos enseñan el mundo en la televisión con documentales, nos hacen creernos listos y amorosos con programas de todo tipo y nos inducen a la ignorancia del creer saberlo todo. Sentimos por la pantalla, amamos por la pantalla, y a veces hasta lloramos viéndola – me concretó enumerando gestualmente con sus dedos.

- Bueno es verdad que…

- Y cuando ya hemos puesto nuestra vida ahí dentro, y hemos saciado la aventura y el amor, nos ponen unas noticias que cuentan poco más que los crímenes violentos y los malos sucesos del día o de la semana, para que acabemos pensando "El mundo está fatal, que suerte que al menos me dejan vivir bajo este techo con mi televisión y mi teléfono móvil" – dijo mi padre silenciándome, con tono bronco e indignado.

Entreabrí mi boca suspirando, soltando en el aire toda barrera e idea que tuviera anteriormente de este hogar en que habitamos, despojándome en el soplo del tibio resto de vanidad que aún pudiera quedarme.

- Esto no es así hijo, el mundo no es así, eso es solo lo que quieren que veas, para que sigas sin salir, sin saber, sin saber querer. Hay una enorme mentira global que nos hace creer en utopías que luego no encontramos. Esto no se basa en perfectas situaciones, sino en imperfectas serendipias. Es normal que creemos prejuicios y supuestos cuerpos perfectos. Es normal que haya depresiones y mil y un complejos. Vemos solo un espejismo de lo que realmente somos – adujo él sereno debatiendo su mirada entre mis ojos y el paisaje.

- Y entonces… ¿Qué somos? – respondí sin encontrar respuesta, parpadeando paulatinamente.

Capítulo 17

Continuación capítulo: 7. Desde el balcón del cielo

Lo efímero es eterno si así estamos dispuestos a sentirlo

- Y entonces… ¿Qué somos? – respondí sin encontrar respuesta, parpadeando paulatinamente.

- Hormigas. Hormigas que ven pasar sus vidas. Tú mira ahí abajo, y dime que ves si no pequeñas manchas moviéndose ajetreadas de un lado a otro, autómatas, siempre por los mismos sitios, siempre con los mismos objetivos, la misma rutina. Y si te escapas, si haces algo distinto, te llamarán loco. Como me llaman a mi – me sinceró.

- Pues – dije mientras miraba al suelo perdiéndome en mis dudas. – Creo que sería un gran orgullo que a mí pudieran llamarme loco también.

Torné la cabeza hacia mi padre para volver a mirarlo a los ojos, y al encontrarme con su vista clavada en mí, pude ver algo que nunca antes había podido observar. Por un momento supe que esa mirada no era la propia del bohemio, ni si quiera la del genio, sino algo mucho más especial precisamente por su simpleza. Aquella era la mirada más humana que mi padre me había dedicado jamás, la más cercana. Vi su niñez en cada uno de aquellos dos luceros, como centelleantes recuerdos de su inocencia, y vi el daño que había en sus adentros, como martilleantes reminiscencias del pasado. Sin duda alguna aquellos ojos estaban pidiéndome auxilio por alguna razón, y por eso aún guardo aquella imagen más allá de mis pupilas.

- Hijo… Ni si quiera creo que yo exista, soy solo aquello que necesitas – me contestó mi padre enigmático.

- Eres lo que necesita mucha gente, solo que ellos aún no lo saben, no te menosprecies tan pronto – expliqué con tonalidad humorística, evitando crear un nuevo misterio.

- Igual no soy de todas formas el modelo perfecto a seguir, Manuel, tengo tantos fallos que casi hay que ser artista para verme el lado bueno – argumentó.

- Es que tu lado bueno es arte en sí, y con él conviertes en artista al que

lo descubre.

- ¿Y dónde está entonces ese lado? Ni si quiera mi conducta es ejemplar – me dijo casi ignorando mis comentarios. – Me trato demasiado mal a mí y me porto demasiado bien con el resto, soy de tirar la mano y esconder la piedra, y eso a veces duele más de lo que apremia.

Quedé dubitativo entre sus comparaciones, desordenado en mi cabeza por mezclar razón y contradicción. No obstante, tiré de tópicos para hacerle saber lo que más me importaba en aquel o cualquier otro momento, aquello que siempre había callado por miedo a sentir realmente.

- Te quiero, Papá. Desde tu error más desastroso a tu virtud más desconocida. Te quiero cuerdo y más aún loco, me enseñas tanto cuando aciertas como cuando tropiezas, vas delante de mí y llegas a ser todo aquello en lo que sueño convertirme. Y estoy seguro de que no soy el único que piensa así, despiertas el amor que duerme en las profundidades de cada persona – expliqué con el alma en los labios.

Mi padre y yo nos miramos de nuevo a los ojos, lágrima frente a lágrima, presos de una epifanía que no supimos explicar. Hallé por un momento el silencio en su sabiduría y no encontré cosa más bella, pues no hay nada más bonito que el no existir palabras que describan un momento, y cuando mi padre callaba, era sin duda por ser uno de esos instantes dignos de explicarse con el sigilo. Tras la calma y su plenitud, rompió el viento el silencio, haciéndose dueño del vacío con una brisa que pareció susurrarle a mi padre la continuación de su discurso.

- Yo también te quiero hijo, eres todo lo que tengo, pero aunque duela, el amor es tiempo, es la magia que existe por ignorar que tendrá fin, y creo que es importante que seas consciente de esto – me comentó indeciso.

- ¿Y eso no es una forma negativa de ver las cosas? – repliqué rememorando su propia filosofía.

- ¿Es el tiempo algo negativo? – me cuestionó rápidamente tras una calada y una mirada franca.

- Para mí lo es, no hay nada más triste que lo efímero, que la presión de vivir a contrarreloj – manifesté también de inmediato.

- Lo efímero es eterno si así estamos dispuestos a sentirlo, pero el problema, Manuel, es que ahí abajo no se sabe sentir, porque se tiene por tendencia sentir a contrarreloj. El tic tac de tu reloj es el latido de este mundo, un ritmo impuesto por nosotros mismos. Estamos condenados a vivir en la cripta de lo fugaz, mientras que para mí el tic tac se reduce a

cuantas veces mece el viento a las hojas – me explicó poético.

Mi padre convertía este mundo en poesía, traducía los problemas del orbe al lenguaje de la alegoría, y en el cambio impregnaba su positividad. Siempre usaba comparativas florales, propias de su contacto con la naturaleza, de su oficio de jardinero, y no era de extrañar teniendo en cuenta que él mismo decía en más de una ocasión que eran las flores quienes le contaban tantas cosas.

- No lo entiendo, ¿entonces el amor es fugaz, o eterno? – pregunté buscando desenlace a la controversia.

- El amor es una metáfora – afirmó él rotundo. – Solo sabremos amar eternamente cuando comprendamos que un segundo dura tanto como queramos recordarlo.

Una vez más mi padre otorgó el placer del entendimiento a mi cabeza, a mi propio parecer, dejándome el deber de moldear mi propia respuesta como si yo pudiera decidir su peculiar pensamiento. En esta ocasión lo tuve claro, no podría explicar la frase porque creo que realmente no tiene un significado único, pero mi respuesta fue el pensar que no hay quimera que no venza la esperanza.

- Entonces esto no es más que aquello que nosotros mismos queramos crear, ¿no? Nuestro propio invento – pregunté entre lo retórico y lo dudoso.

- Ya te lo dije antes, hasta yo me reduzco a ser lo que tú necesitas que sea, ¿y qué es nuestra vida si no un placer diseñado por nosotros mismos? – me confirmó él retomando el tono misterioso. – Algún sabio dijo alguna vez: “Somos lo que creemos que somos” y esa es la mayor verdad que podrás tener, hijo.

- Pues creeré que eres eterno, Papá, y no habrá mayor verdad que esa – le expresé yo con vehemencia.

- No es tan fácil creer en otras personas Manuel, hasta tú habrás dudado de mí. Todos tenemos un corazón inmarcesible siempre que lo reguemos con el agua de nuestra fe – me contó rozando la culpa. – Pero el amor ajeno a nosotros es relativo. La fe es un animal salvaje endémico de nuestro propio corazón.

Yo perdía la noción del tiempo escuchando sus palabras, pero aún aprendiendo tantas cosas no podía evitar sentir intriga y vértigo por sus dudas, por esa desconfianza tan imperecedera al amor que otros, o incluso yo mismo pudiéramos tenerle. De entre esa duda nació entonces el recuerdo de mi pesadilla, aquella en la que veía la carta que mi padre escondía a través de sus mismos ojos. Sin más pretensión que saber

acerca de eso, quise preguntarle contándole mi propia experiencia.

- He soñado contigo Papá, justo recordando aquel día en que me enseñaste el saco por primera vez – dije captando toda su atención tras un hueco sin palabras. – Pero todo era distinto, me he visto a mí mismo como si yo estuviera en tu cuerpo, a través de tus propios ojos y…

- ¿Entonces has soñado conmigo o contigo? – me interrumpió.

Capítulo 18

Continuación capítulo 7: Desde el balcón del cielo

Tu reflejo alberga el miedo más grande que puedas conocer

- Pues – dije realizando una breve pausa. – Con los dos supongo, no me lo había replanteado ni si quiera – respondí con tantas dudas como nervios.

- Piensa hijo en el temor que todo eso puede suponer. Tu reflejo alberga el miedo más grande que puedas conocer. Sea lo que sea, hay algo en ti mismo que te inquieta – me explicó de plena calma.

Nunca me había parado a pensarlo así, quizás era cierto, quizás yo solo huía de mis propios sentimientos, de mis miedos y mis incertidumbres, de la cuna de mi temor. En cualquier caso estaba claro que la mitad de esos miedos eran por causa de las dudas que me generaba mi padre, así que me limité a continuar contando el sueño.

- Probablemente me inquieten muchas cosas de mí, pero este no es el caso más preciso, papá, en mi sueño veo por tus ojos como guardas aquella carta por la que te pregunté, ¿te acuerdas? – pregunté asumiendo el sí por respuesta. – Pues termino por leer una fecha que no consigo recordar y tres palabras clave: "Hospital Infanta Margarita".

Mi padre palideció por un segundo para después mostrarme media sonrisa mientras entrecerraba los ojos, apagando ya el cigarrillo que había estado fumando entre frase y frase.

- No sé muy bien por qué, pero supuse que hoy tendría que contarte esto – me dijo clavando su mirada en la mía. – Supongo que es la intuición del que sufre.

Tomó aire por un segundo y cerró los ojos, sosteniendo dentro la brisa como una última forma de control. Yo sentía el corazón latiendo en los oídos, a ritmo de un miocardio frenético que entremezclaba promiscuamente toda idea que se me pudiera ocurrir acerca de su respuesta.

- Hace ya tiempo que tienen por costumbre recomendarme revisiones mensuales o cada cierto tiempo, es solo un método de prevención, nada

grave, hijo – me explicó restando importancia al asunto.

- ¿Te envían cartas para futuras revisiones rutinarias? Eso no suena demasiado convincente, ¿qué quieren prevenir exactamente? – pregunté disconforme, mientras mi padre me evitaba la mirada.

- Solo son algunas cosas que no funcionan bien, pero nada de importancia. La edad causa estragos y es normal que tenga ciertas dolencias – insistió elocuente.

- ¿Sigues yendo a esas revisiones?

- No, solo fui hace poco de nuevo por unos pequeños dolores en el vientre, pero nada, por desgracia aún tendrás que aguantarme un tiempo – me dijo él con humor mientras me miraba agachando la cabeza.

- Esto no es para bromear, papá, ¿de dónde vienen esos dolores estomacales? ¿Qué los produce? – cuestioné sin hacer una sola mueca.

- Hijo… Sabes perfectamente mi problema, no es nada nuevo, puedo enseñarte mil cosas sobre la vida, pero ya te he avisado que no soy ni mucho menos un ejemplo a seguir.

- ¿Aún sigues bebiendo no? Sigues pensando que esa bebida te va a dar más de lo que te quita, ¿no? – argumenté entre el dolor y la crítica. - ¿Y a mí? ¿Y si algún día es a mí a quién me quitas el placer de verte?

Mi padre miró al suelo como el girasol que se esconde al llegar la noche, esclavo de su culpa y de su arrepentimiento. Tragó saliva bruscamente, como si estuviera engullendo su orgullo, y me miró de nuevo soberbio, listo para darme la más fehaciente de sus promesas.

- Si te he traído aquí es por algo, hijo, dejé la bebida por completo hace unas semanas, hablé con tu madre y me hizo ver que la ilusión que le estabas poniendo al saco no era merecedora de encontrarse con este desasosiego – adujo aún con el miedo del que puede ser rechazado. – Si hago esto es por ti, sabrás que te fallé una vez, siendo aún un crío, pero por eso mismo puedo prometerte no volver a tocar las copas, porque desde entonces no te he vuelto a fallar.

- El hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra... – argumenté aún incrédulo, cayendo en picado hacia el desconsuelo.

- Y el borracho el único arrepentido que tropieza dos veces con la misma copa – respondió.

- Con más razón ¿Y por qué debería creerte entonces?

- Porque mi promesa es la nostalgia de saber que un día te fallé.

Yo quedé en silencio discutiendo en mis adentros si era mejor creer o dudar, pues hasta la fecha tenía motivos a partes iguales para hacer ambas cosas. Tras un pequeño gesto de resignación, deposité en mi padre la más sincera de mis nulas habilidades, mi ciega confianza.

- Tú y tu forma de ver siempre las cosas de un modo positivo, ¿no? Mi mayor miedo está en mí, papá, creo que ahí llevas razón, tú estás ya en mi interior y mi mayor temor es perderte. No me falles, por favor – rogué volviendo a sincerarme, entregándole la ternura en una mirada.

Mi padre contestó con su sonrisa y con otro de esos besos en la frente que por siempre guardé en la memoria de mi piel. Al oído me dijo poco más que un: "Venga, es hora de irse", mientras se levantaba de su aposento natural para iniciar el viaje de regreso al hormigón. La magia quedaría sellada por siempre en aquel lugar, y en tantos otros como estuve con mi padre. Yo quizás había depositado en él una confianza muy poco precavida, opaca y vacía de sentido común, pero aún con la venda en los ojos me sentía satisfecho, porque siempre aprendí más por osado ciego que por cauteloso previsor. Mientras volvíamos a casa, ya en el coche, mi padre me cantó una saeta a modo de nana, algo que según dijo había compuesto junto a Tutela, su guitarrista y fiel amigo. Yo reposaba mi cabeza en la ventanilla, adormecido y con los ojos cerrados, pues todo lo que me quedaba por ver estaba dentro de mi cabeza. Recuerdo su voz meliflua como un sonido etéreo que recitaba su felicidad al tímpano, y aunque no supiera decir a ciencia cierta lo que decía aquella letra, porque estaba ya durmiéndome entre fantasías, recuerdo oír algo así como: se arrodilló… tocó sus campanas… desde el balcón del cielo… consuelo de esta nana. No supe muy bien lo que significaría, al menos no en ese momento, pero si sabía ya lo que me hacía sentir y experimentar, un cúmulo de sensaciones que me hacían quererlo cada vez más, como si el destino cobrara el nombre de limerencia en cada recuerdo forjado, como si mi padre fuera la entelequia que calmara mi sed de vida. Yo dudaba, y tenía miedos irrevocables, legítimos, sospechas que me encadenaban a la incertidumbre, y a caminar por una cuerda floja que estaba atada a nuestros errores. Sobre ella bailábamos, paso a paso, misterio a misterio. Sobre ella me balanceaba yo, mirando al suelo con el pecho en la garganta, buscando el equilibrio entre mis dudas, sin arnés. Desde entonces fuimos funambulistas de recuerdos, caminantes a ras de cielo, dos personas condenadas a quererse permaneciendo siempre a 600 miedos de altura.

Capítulo 19

Publicación de la obra en formato físico

Esta obra ha sido publicada en formato físico, por ello el resto de capítulos están disponibles solo de esta forma, para conseguir la obra se puede contactar con el autor a través de esta página o de sus redes sociales asociadas:

Instagram: @manu_matas

Facebook: Manu Matas Moreno

Se añadirá además un enlace a las correspondientes páginas de compra cuando estas estén operativas. Muchas gracias por todo y, ¡Tengan un feliz día de lectura!